

Figuritas Quichuas

Andreani, Héctor,

Figuritas Quichuas- 1ra ed. -La Banda- el autor 2013;

120 p. ; 21x15 cm.

ISBN: 978-987-33-3424-5

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación:14/05/13

Diseño de interior: Sebastián Bruzzese

Diseño de tapa: Gabriela Rocuzzo

gabi_ro17@hotmail.com

2013, Héctor Andreani

hectoralfredoandreani@yahoo.com.ar

Esta obra cuenta con el auspicio académico del Instituto de Estudios para el Desarrollo Social (INDES), de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (UNSE)



Permitida la reproducción parcial o total de este libro, siempre que se cite la fuente o al autor. Así que puede ser prestado, regalado, fotocopiado, hecho avioncito, pintado, olvidado, difundido, cantado en voz alta, o lo que sea.

Impreso en Argentina

Figuritas Quichuas

Héctor Andreani

Índice

Prólogo	•11
John Foos	•13
El silbido del zorro	•14
Luis	•15
Acuerdo	•16
Oreja	•17
Guiso	•18
Patio	•19
Un ataque	•21
Premio	•22
Oraciones	•23
Regalo	•24
Arena	•25
Traducción	•27
Aire acondicionado y vidalas	•28
Volver	•29
Madriguera	•31
Hablar con nadie	•32
Agua	•33
Un pedido	•34
Paradojas del maíz	•35
La versión de Dios	•37
El zorro en la mesa	•39
La cámara	•41
Paradoja cultural	•43
Viejos congelados	•45
Gambetas	•46
El challuero	•47

Frutos	•48
Chisme	•49
Fantasmas en la mano	•50
Una pregunta sin palabras	•51
Salavinamanta	•53
La secretaria	•55
Shalacas ladronas	•56
Picardías del cuerpo	•57
A quemarropa	•59
Celulares bilingües	•61
Preocupación en cadena	•62
Los mirones y la virgen	•64
El hachazo de Shakespeare	•66
SMS de amor	•67
El mercado de la identidad	•68
La salud en el monte	•70
Apropiación	•72
Comunicación	•74
Oraciones de tormenta	•75
El pacto del ocultamiento	•76
La muerte del patriarca	•78
Profesionalismo de la chala	•83
El profe chamamecero	•84
El conversador de perros	•85
Causas de la desaparición	•87
Ring de dioses musiqueros	•89
En medio del agua	•90
Tertulias domingueras	•91
El payador teatrero	•92
El jockey ventajero	•93
El atrapamujeres	•94
La quichua-fashion	•95
Ideas fuertes	•97
El miedito a la noche	•99

Los guardianes secretos	•100
El libro y la boca	•102
Al final	•103
El silencio	•104
El estallido	•105
Ensalada rápida y furiosa	•107
El origen	•108
Hermanos jugando	•109
Fuentes	•111

Prólogo

Estas figuritas precisan de un álbum que siempre andará incompleto. Figuritas nombradas como “quichuas”, queriendo decir otra cosa sobre esta lengua hablada en Santiago del Estero. Dirigidas a los que hablan quichua desde la niñez o desde más grandes, y también a quienes nunca la hablaron.

Dejando de lado los ropajes académicos, este pequeño libro presenta relatos donde la lengua quichua actúa en las vidas de las personas. Acaso relatos nuevos para el lector, pero no para las personas reales que dieron origen a estos relatos. Historias surgidas de algunas zonas de Santiago, donde decenas de miles de hablantes se expresan cotidianamente en las dos lenguas, o en una y en otra, dependiendo de las fuerzas sociales externas e internas que influyen en su habla.

Aclaro que aquí no hay cuentos en quichua, ni relatos recopilados de quichuahablantes. No hay una defensa, ni denuncias por su desaparición. Se trata, en todo caso, de un manojo de historias y reflexiones donde la quichua y sus hablantes se mueven, y donde dicha lengua se “cuela” para actuar en la escena. Se trata de aspectos vivos, complejos y esquivos para cualquier intento de norma escolar, institución gubernamental, dictamen académico o de la indiferencia social mayoritaria. Evito criticar sin fundamentos, pero remarco que ciertas acciones gubernamentales respecto de una lengua minorizada, debieran haberse concretado hace tiempo. No sólo muchos quichuahablantes, sino también las autoridades detentan ciertos bloqueos respecto de la quichua. En el escenario local de las políticas lingüísticas no hay malos, sino indiferentes o faltos de ideas. No se sabe qué hacer con la quichua, o

cómo reforzar ciertas seguridades. Derechos muy verdes en su concepción de reclamos.

Debo la idea central de “El pacto del ocultamiento” a Diego Escolar, cuya mirada sobre San Juan he trasladado impunemente a Santiago, espero que con cierta utilidad. “Oraciones de tormenta” se debe al examen de Atila Karlovich sobre rezos antiguos. “Una pregunta sin palabras” es lo más distante de todo el libro, pero no quiero dejarlo solo en algún cajón. “La muerte del patriarca” es un pequeño ensayo de cuando falleció un gran músico quichuista. Creo que el contenido de esta figurita extensa no ha amarilleado del todo, sólo intenta debatir un poco. También se cuelan otras cosas que no siempre las asociamos con la quichua: el poder, el Estado, el sistema educativo, las normas, los medios, la escritura, la discriminación, la religión, la pobreza, la vergüenza, la modernidad, las tecnologías, el espacio público, el complejo mundo de la ruralidad.

En ninguno de los relatos he pretendido imponer finales explosivos ni otras sorpresas literarias. La fuerza de las situaciones vividas me parece más fuerte que el estilo que les he impuesto. Creo que este asunto de las figuritas va por otro lado.

Agradezco a muchas personas con quienes charlé de estos temas, o me enseñaron con sus propias vivencias, o me dejaron compartirlas. Muchos amigos y conocidos de Figueroa, Atamisqui, y Salavina. Docentes, músicos, estudiantes, changuitos, madres, campesinos, golondrinas, luchadores sociales. A los hablantes, investigadores y personas cercanas a la quichua.

En su conjunto, estas historias parecen sugerir cierta complejidad: el saberse hablante de dos lenguas en un mundo público que se emite sólo en una de ellas. El castellano que se muestra “fuerte” porque se la asocia con la sociedad mayoritaria. La “castilla” rural que también fluye cotidianamente. Y la quichua, asociada a una minoría (de muchos) pero que muchas veces, para ese hablante de dos lenguas, parece representar mejor su vida recorrida.

Agradezco al César Gómez por la mirada atenta a cada figurita
H. A.

John Foos

Nadie me controla, qué me importa si me muero, no me interesa, le contestó a la abuela cuando le preguntó por qué anda tan rápido en la moto. Muy con todo le mete a la moto, se va a caer un día.

Pero él con sus quince años se escapa. Speed como apodo-tatuaje. Está en el colegio por estar, y así será todo este año. Fin de clase a las 6, moto, otra vez lavarla, y picadas a la noche en el descampado. Las mejores pilchas, zapatillas John Foos paridas hace dos semanas por cesárea de abuela.

Lo inevitable, de noche, no veo bien pero creo que puedo andar. El mareo me lleva. Me lleva.

Se cae borracho embistiendo a una cabra. 3: 00 am con golpes en el codo, riñón y cabeza. Desmayo en el ripio, durante dos horas. Ambulancia, y la abuela que no llega.

Se baja un sueño incómodo de un toque. Se despierta con suero, sábanas blancas, mosquitos y olor a lavandina.

Despacito (mirando a la enfermera pero con ganas de poner los ojos en el piso), murmura en quichua que dónde está su abuela, que dónde está.

El silbido del zorro

Resumo el cuento de doña Alejandra: un zorro quiere aprender a silbar como el yuitu, y éste decide enseñarle. Le ordena al zorro que se cosa la boca, y éste lo hace. El yutu después se esconde, y sorprende al zorro con su vuelo. El zorro se descose la boca por el susto, y termina todo desangrado, todo por querer silbar igual que el yutu. Según doña Alejandra, el zorro quería “decir” igual el que yutu.

Aquí encuentro cosas sospechosas: doña Alejandra, cuando narraba, hacía hablar al yutu como un maestro que enseña con voz muy firme, impartiendo órdenes (con señas y todo), y al zorro lo hizo hablar en un tono mucho más bajo. Silbar es la principal acción nombrada en todo el cuento. Silbar es el tesoro preciado para el zorro. Silbar, en el lenguaje de los animales de este cuento, es hablar. El zorrito quería hablar como el maestro. Y el maestro cose la boca al alumno para que sea como él. Posteriormente lo asusta, y le provoca heridas en la boca.

No estoy descubriendo nada, sólo sugiero una imagen: aquélla que muestra cómo es el maestro “de antes” que doña Alejandra tiene en mente cuando narra, y la violencia del maestro hacia el habla de su alumno. Sólo el silbido del yutu es lo que se nombra, es lo más valorado por la sociedad de animales, y es algo que el zorro también quiere.

Cualquier relación entre este cuento, el poder y las lenguas, no será coincidencia.

El rancho mide 3 x 3 metros. Luis es petiso, flaquito, la edad de Cristo. 3 x 3 metros. Sale su mujer, una adolescente con arrugas variadas. Tres hijos. El más chico con algo que amenaza ser leporino. El más grande, el año que viene, entrará al pre-escolar. Quiero encuestar a Luis. No se anima a decirme que no ni que sí. Intento, con mi quichua lo más parecida a su quichua, hacerle entender que es una encuesta sólo para golondrinas. No me sale esto de ser encuestador, pero creo que es noble la propuesta: conocer, de una vez por todas, el estado real de los trabajadores golondrinas cuando van a poner el hombro a las multinacionales del maíz y su flor que los apura.

Luis, cuando no golondrinea, hace postes. Bicicleta, hacha, monte, poste pesado al hombro, petiso, flaquito.

Luis poco a poco va dejando su caja cerrada y deja sacar su experiencia en la desflorada de girasol, maíz. Tose, y no reparo en su tos. Lo único blanco de su casa es una factura de cobro, de la Satus Ager, una multinacional. Para él, \$ 1200 por 45 días es buena plata. Luis tose, ahora con un silbido que antes no lo había percibido. Dice que allá comen bien, caminan muchísimo cada día. ¿Baño? No hay baño ni ducha, se caga donde se pueda, casi siempre en medio del maizal.

Y de repente, sale el por qué de la tos. El avión fumigador no les avisa que va a pasarlos por encima. Y lo hace varias veces en esos cuarenta días. Se tiraron al suelo, y estuvieron así, un rato, mientras la nube les daba en todo el cuerpo de arriba a abajo. Ese silbido en el pecho ya tiene tres años y no se le va. Y su quichua hubiera sonado más linda, de no ser porque ahora está fumigada.

Acuerdo

Uno de esos pueblos no tan chicos ni tan grandes. El dueño de la despensa. Hombre emprendedor, y si no puede, emprende igual, a costa de dejar gente estafada en el camino. Una noche me acerco a cenarle algo. Tiene un televisor con Diré Tiví, y mesas que esperan a los changos algún partido, y ver fútbol para todos. Ahora estoy solo, con el control remoto.

Mientras ceno una mila, mirando las publicidades de Warner Channel, se acerca una camioneta, de esas costosas. Bajan dos, camisa blanca, botas. Logo de constructora. Charlan con el dueño, hablan de negocios. Ladrillos, gomas, remedios, hay que conseguir lo que sea para vender, comprar, abastecer.

Los tipos se van. El dueño se vuelve hacia adentro, y le habla en quichua a su mujer, bromeando sobre la cara de gil de uno de los tipos. Yo logro escucharlo desde mi mesa del comedor. No sé por qué, pero recuerdo a Eduardo Galeano cuando se refiere a cierto tipo de inglés. El inglés de Bush, no el inglés de Shakespeare.

Pega duro el monte amarillo. No es nada verde esta tarde.

Su rostro manso oculta una cara de indio lejana, como si no fuera su sangre de estos pagos. Tal vez del Chaco. Pero es una conjetura boluda de mi parte, porque los de otros pueblos piensan que en este pueblo “todos son indios del Chaco”.

Nos sentamos a charlar. Hace mucho calor pero la sombra está especial para unos mates demasiado dulces que sirve don Victorio. Me producen mucha acidez, pero hoy aguanto sin problemas. Le cuento de mis ganas de escuchar, y él me cuenta de sus ganas de contarme. Como si nada, nos acordamos de la música, y me dice que antes había parlantecitos, chiquiiiitos, y con éstos bailaba un montón de gente. Con tal que se escuche de lejos al menos, demasiado para acercarse a la mujer.

Qué va a ser con los de ahora, me dice, no escuchan música, parece que si no es de 1000 vatios no es música. Que no se hacen lugar para chamuyar despacito con picardía, tienen que gritarle a la mina en la oreja, arremete don Victorio. Y que de ahí, a golpearlas, hay un paso.

Guiso

Dos madres en la cocina del comedor. Escuela de campo. Ollas grandísimas, de ésas que sólo ves en los regimientos. El guiso es un manjar con olorcito a leña, aunque muchas veces el humo pesado les ocupa la respiración por largo rato. Dos profesores se acercan para almorzar, ya vendrá la horda de “baguales” saliendo de los cursos. Uno de ellos con una revista de educación, enrollada en el bolsillo de atrás. *Mikoq rinki o mana yarqanki?* Les pregunta una de las madres. No hace falta traducir, suficiente ver el cucharón dentro de la olla de guiso y una sonrisa pícaro de postre. Uno de los docentes, medio sorprendido por la pregunta desconocida, decide contestarle en inglés, y después se dispone a parodiar la pregunta con frases y sufijos supuestamente quichuas: pansiki pansiki comidata, mucha hambrata tengoki tengota. La carcajada les suena a los dos profesores en todo el salón de la cocina.

Ahora, las mujeres sirven calladas los platos. Pregunta sin cotización, puesta a la defensiva, corte de diálogo, cero sonrisa. Materias pedagógicas, transformación educativa, inclusión. Analfabetismo ideológico. 4 años de formación docente al pedo.

Se cansó del chamamé. Ya le jode un poco su oído anarco. Le gusta el chamamé, pero se cansó del chamamé pasivo que describe las costumbres sin describirlas. Pura joda. Se cansó del reguetón en los celulares. Ama la juventud, pero ya no soporta verlos como imitaciones bailanteras de la tele. Preguntando, preguntando, averiguó que antes se cantaban otras cosas, que la vidala no era tan rara como ahora. Ahora, en sus adentros, ya no es anarquía: ahora se trata de buscar cosas del pasado.

La cosa es que este maestro de primaria se decide. Un barrio periférico de La Banda. Mete la mano en el bolsillo. Se despide con un artesano amigo de varias musikiadas en un patio. Viaja en combi de vuelta al pueblo. Llega a la escuela rural. Nadie le presta atención a la bolsa grandota que trae, medio arrastrando.

Y en eso, suena el primer timbre. Recreo. Aparte del desayuno, algo raro hoy en medio del patio. Algunos changuitos se acercan: sobre unas sillas, hay siete cajas vidaleras, un bombo y una guitarra. No hay maestros a la vista. Los palpan, como tanteando la previa de una picardía. Seguro que es cosquillita en el estómago por querer hacer alguna cagada.

Ya están sentados, otros en el piso, y se ponen a joder con las cajas. No se les ocurre otra idea que parodiar un canto de vidala. Otro le sigue. Se cagan de risa. Otro arremete con un malambo en el bombo. Otro empieza a zapatear, en quichua le dice que toque más despacio, que así no se empieza, que las mudanzas son más lentas al comienzo.

¿Por qué nadie nos reta? ¿Por qué no hay maestros en el patio? Y seguimos jodiendo. De repente, uno de los chicos se ejecuta una vidala completita en serio, jodiendo. Ni él sabe de dónde la sabe, pero la sabe.

Dicen algunos maestros mirando escondidos desde la dirección:

Timbre... que lo parió, che.

Un ataque

Ocurrió en 2006. Vivían alejadas del pueblo, donde muchos compran velas rojas y negras como si compraran Coca-Cola. La noche estaba muy de noche cerca de la ruta 34, y se pone más de noche cuando algunas velas se encienden.

La sobrina estaba incómoda en su cama, pero igual el sueño se le escapó cuando escuchó gritos secos en el patio. Se puso las alpargatas y salió, tratando de distinguir qué era lo que veía.

Por los quejidos la reconoció inmediatamente: su abuela, tirada en el piso, revolcada entre la tierra y la sangre que le salía de sus piernas, sus costillas y los brazos. Le faltaba media oreja y gritaba como podía, con sus 105 años a cuestas. Vivía solita en su rancho, a cincuenta metros. La nieta notó, por el camino de sangre y tierra, como si su abuela hubiera sido arrastrada desde su rancho, por lo menos treinta metros.

No sé cómo llegaron al hospital zonal. Su sobrina tuvo que hacer de intérprete a los médicos y enfermeras, porque su abuela hablaba solamente quichua. O por lo menos, con el trauma sufrido, sólo podía hablar en su quichua.

Contó que unos perros muy grandes y muy negros la habían mordido y arrastrado fuera de su rancho. Nunca se supo si fue un “trabajo” de brujería, o una nueva historia de conflictos lingüísticos olvidados al día siguiente.

Premio

Era una sesión ordinaria en el Concejo Deliberante de la ciudad sureña de Frías. Una concejal propuso crear un premio de estímulo a los mejores promedios de cada secundario, y lo propuso con un nombre quichua: “Sumaj Yachay Can” (qué lindo es saber). Y un concejal de peso, la remató con su erudición: que el quichua no se lo entiende, que nadie lo entiende, que nadie lo habla, que es muy difícil escribirlo, que para qué vamos a hacer un premio con una lengua muerta.

Era la lengua muerta que siguen hablando 150.000 santiagueños. Bien vivitos y coleando los muertos.

Oraciones

Estoy sentado en una plaza con un nuevo amigo. Viene del nordeste santiagueño. Joven, verborrágico y alegre. Entre otras cosas de su pueblo, me entera de que en su colegio enseñan quichua los dos últimos años. Le pregunto qué le enseñaban en quichua. No sé, sustantivos, adjetivos, memorizar oraciones.

-¿Oraciones?

-Sí, oraciones para rezar, en quichua.

Un cura había llegado cruzando el Atlántico. Se instaló en un colegio del “interior”, y se enteró de que por aquí se hablaba quichua. Comenzó a estudiarla. Publicó unos libros sobre el tema. Y ya más instalado, impuso la enseñanza en quichua en su colegio.

Y a ese muchacho alegre, se le cambia la cara. Con un tono ofuscado, comenzó a recitarme el *padre nuestro* en quichua, sin ganas, mecánicamente, como si lo hubieran obligado muchas veces a hacerlo.

-Todas las mañanas teníamos que rezar en quichua. Hijos de puta -dice el muchacho- me acuerdo del quichua y se me viene a la cabeza los densos que eran los tipos.

Pienso en Sarmiento y en Roca. En tantos niños castigados por ser quichuistas.

O al revés, pienso en la alucinación de un cura, preocupado por restablecer, a los palos, una lengua que se pierde. Ahora que se pierde con más fuerza, por el rencor de este joven que a los palos tuvo que aprenderla.

Regalo

El embajador alemán llega a Santiago. Es recibido por el gobernador. Cena de gala, fotos, charlas, despedida. Un regalo de vuelta a Frankfurt: un *Martín Fierro* traducido al quichua por Sixto Palavecino. Ya de vuelta, al cajón.

Un asesor del gobierno norteamericano llega a Santiago. Es recibido por el gobernador. Cena de gala, fotos, charlas, despedida. Un regalo de vuelta a Washington: un *Martín Fierro* traducido al quichua por Sixto Palavecino. Ya de vuelta, al cajón.

El embajador de la base lunar K-23 llega a Santiago. Es recibido por el gobernador. Cena de gala, fotos, charlas, despedida. Un regalo de vuelta a K-23, cuando alunice: un *Martín Fierro* traducido al quichua por Sixto Palavecino. Ya de vuelta, al cajón.

No es tanto lo que se tiene en política, sino hasta donde imagina que puede hacer con eso que tiene. Allá, en el monte, un niño le pregunta a su abuela por qué no hay libros de quichua en la escuela. Sixto, allá arriba, debe estar preguntándose lo mismo.

“Vaya mijo, y haga caso al maestro”. O “andá o te hago re cagar”. Cualquiera de las dos.

Pero el changuito no llegó a la escuela. Estamos en 1950. Y con él varios otros “desertores”. Se quedaban jugando en el río, flechiando peces, o se ponían a jugar al burro atrapado (uno de ellos hacía de burro) con boleadoras hechas de gomas de borrar e hilo, o se agazapaban a hondear pajaritos monte adentro, o a comer chaguarillos, tunas, úluas.

El comisario de ese momento era uno de esos tipos que los ponían a dedo, como varios ahora. Los vio a lo lejos, los interceptó con su caballo y comenzó a perseguirlos. Los changuitos se dispersaron como zorros, cada uno por donde podía, pero los rebencazos se hacían sentir en la espalda. Golpes en el monte.

Pero también golpes en la escuela: unos días antes, el maestro los encontró hablando quichua en el aula, y los llevó de la oreja a la dirección. Allí había una caja de arena con ladrillos picados, donde se arrodillaban hasta que sonaba la campana para volver a la casa. Cuatro horas de rodillas en la caja con arena.

Y dos días después, los maestros les encontraron una bolsa de vidrios picados. Los chicos habían juntado pedacitos de vidrio de un auto viejo abandonado, con la idea de tirarse como “perdigoncitos” en el grado. Perdigones de quichua. El docente agregó los miles de vidrios picados a la arena. Cuatro horas más. Todos volvieron de la escuela con las rodillas sangrando.

Ya no volverían más a la escuela. Se quedarían en el monte, jugando al burro, o comiendo chaguarillos. Hasta que se les termine la adolescencia, conocerían los largos viajes, las manos duras en el algodón chaqueño, el maíz de las multinacionales, y el hacha colorada.

Cuarenta años después, uno de ellos volvió a la misma escuela para presenciar el egreso de su nieta abanderada. Con lágrimas de aquí, y algunas lágrimas de allá.

Traducción

Innumerables proyectos, cientos de escuelas. Tecnologías, ciencias duras y sociales. Aparatos eléctricos, champúes de pocotos, dulces de ancochi, tejidos con tintes naturales, dispositivos flotantes, programas informáticos, cocinas solares, lombricultura y otros 300 proyectos más.

Cintia y Lorena, 14 y 16 años, de Juanillo, un paraje de vinales que antes fue una zona muy poblada. Cursaban en 2007 su segundo año del secundario, en este paraje de Atamisqui.

Las evaluadoras muy contentas con el proyecto de estas chicas: un folleto del Ministerio de Salud, traducido íntegramente en quichua, sobre animales venenosos.

-Hermoso chicas todo, pero tengo una duda: ¿por qué no hicieron el folleto en quichua y castellano, así entendamos lo que escribieron?

Contestó de rebote Cintia, casi sin querer:

- ¿Y por qué el ministerio no hizo un folleto en quichua y castellano?

Aire acondicionado y vidalas

Miles de personas en una fecha de ésas que quiere estar todo el mundo. Se inauguraba un edificio imponente, de ésos que gasta mucha energía en acondicionadores de aire, tanto que la cultura y la historia se acomodan quietas, ahí adentro, para no salir más a la calle. Fachada, luces, los fuegos artificiales. Colores, risas, estar todos en el festejo. Un grandote de saco gris fue llevando al grupito de chicos hacia un lugar especial, donde las luces se posarían sobre ellos.

Y en eso, todas las miradas se posaron sobre unos chicos que entonaron una vidala en quichua. Todos de remeras blancas, paraditos en tribuna, cantando. Eran de varias localidades del “interior” de la provincia.

Aplauzos de todo el público, comentarios agradables, qué lindo que canten en quichua.

Inmediatamente un colectivo los esperaba, de vuelta a sus pueblos. Los profes que los trajeron pensaban, al menos, que los chicos podrían disfrutar un poquito más del espectáculo. Con un poco de incertidumbre y enojo, los profes subieron a los chicos al colectivo.

-Ni una coca nos ha invitao el de saco gris- repuso uno de los chicos.

-Ni sé qué había áy dentro- dijo otro, mirando el inmenso edificio, inaugurado con su canto quichua.

Nació en Pozo del Castaño, donde sólo se llegaba a través de un camino finito, el camino de los meleros. Se fue a sus mozos veinte años a Buenos Aires, trabajó muy bien allá y tuvo un buen pasar. Cultivó el arte de la amistad, con amigos de amistar, más su familia, sus hijos.

Pero, ya cerca de su jubilación, Mario Tebes se fue dando cuenta de un olvido que lo jodía por dentro, y él lo espantaba para seguir con su vida tranquila. Era su pasado en el Castaño, que tomaba la forma de su quichua aprendida de niño y de más chango.

Comenzó a frecuentar, y a frecuentarse, la quichua nuevamente. Comenzó a desandar un camino muy cerrado por los años. Se fue acordando de muchas palabras, y con ellas, de recuerdos enterrados. Al final, se acordó de toda la quichua. Y si no le salía alguna palabra de la oscuridad, preguntaba a sus comprovincianos quichuistas de Buenos Aires.

Tomó contacto con círculos académicos. Siendo jubilado, inició sus estudios sistemáticos de la lengua. Colaboró en investigaciones muy importantes, cosechó amigos con su lengua, y participó de cuanta gestión cultural hubiera. Jamás una mala palabra, un caballero de sonrisa franca, trato muy ameno, como si fuera el abuelo que hubieras querido tener.

Pero algo faltaba. Mario sentía que tenía que escribir. Pasar a papel esos recuerdos que se le estaban escapando otra vez, esta vez para siempre. Ya cerca de sus ochentas, Mario construyó un libro. Recuerdos,

anécdotas, cuentos, adivinanzas. Su corazón no andaba bien, pero sintió que había que recorrer ese camino, cueste lo que cueste.

Falleció en noviembre de 2009, a los 82 años. Y su libro, ahora, sigue andando. Yo, un poco feliz de haber hecho conocer a algunos changos la obra de Mario. Repartí algunos ejemplares en jóvenes quichuistas de su pago, que lo leyeron en silencio, entre risas y comentarios, bien despacito. Una manera de leer que no gusta a los profesores.

Si el ministerio se enterara de esta *otra* lectura. O que no se entere.

Madriguera

Está en medio del monte, a la vera de una ruta pedregosa que dispara municiones de ripio con los camiones de constructoras. La escuela tiene comedor. Son como trescientos chicos. Pero me pareció raro que algunos chicos nunca hayan almorzado en el comedor.

Comienzo a preguntar, y un maestro me dice que comen “allá”. “Allá” es la parte de atrás del jardín, que está detrás de la escuela. El atrás del atrás.

Voy despacito, y los descubro. Son cinco, sentados en el piso, con su plato de guiso, su pan y su tenedor. Me miran sorprendidos, y uno me arroja un “eh, maestro, qué anda haciendo usted por acá”. Ando cazando zorros, le digo. Y se ríen.

Algunos changuitos se juntan en su pequeño territorio, lejos de la limpieza de las ordenanzas, las charlas amistosas de los maestros, y la vergüenza de exponerse en el comedor.

Después, uno de ellos me dijo lo que yo buscaba cazar: muchas veces, en su casa, comía a escondidas, porque los padres recibían visitas, y no era bien visto que los niños coman donde están las visitas.

Hablar con nadie

Esto ha sucedido miles y miles de veces, en las familias.

Cuando los padres quieren hablar en privado, recurren a su quichua para que el hijo no entienda. Lo retan para que se vaya del lugar de charla, y se ponen a hablar. El niño se aleja, pero no se va. Se acerca despacito a sus padres, escondido detrás de la puerta, o detrás de un árbol. O aparenta no escuchar, para escuchar lo que dicen.

Se sentará bien atrás en el aula. No hablará con el maestro porque aprendió a hablar a escondidas, muchas veces, en su casa. Estará agazapado aprendiendo, como un zorrillo que aprende, escondido, cómo el cazador-maestro pone una trampa amistosa.

Esta forma de comprender las cosas, podría ser la regla en su vida: aprender todo a escondidas.

Ni miedo, ni vergüenza, sino otra cosa. Frente a este mundo violento, repleto de imágenes y ruidos estridentes al pedo, tal vez no esté tan errado ese aprendizaje silencioso y selectivo.

Agua

Reniega de su profesora de ciencias naturales porque le ponchó 15 hojas de fotocopias con la célula, el sistema respiratorio y las relaciones simbióticas del ecosistema. Reniega de casi todos los profesores, y hace un gesto de tirar a la mierda todo con la mano. Pero igual va al colegio porque están sus amigos, a veces se ríe con algún profe, y hay un muy buen desayuno.

Tiene 14 años, está en primer año del secundario, quichuista, bien morenito de labios tan gruesos que los compañeros lo cargan de “jetívoro”: el que come jetas, y por eso el muchacho es tan jetón. A veces te tira al carajo la formación docente porque *muy lindo* te burla en quichua.

Tiene cinco amigos más, un poco más chicos y más grandes. En el colegio gritan, se cagan de risa, no dan pelota. A la tarde, están totalmente cambiados: gritan, se cagan de risa, no dan pelota.

Están en el agua. Se les hizo hábito “flechiar” bogas, bagres, viejas del agua. A veces pillan con las manos a los pescados. Más de un adulto queda con la boca abierta mirando la hazaña.

A veces el agua está bajita, y parece que caminan encima de ella. A veces, se tiran desde un barranco en el agua profunda, y sería tan lindo sacarles una foto en medio del aire, congelados, a punto de tocar la superficie con los dedos.

Si la profesora de naturales viera cómo juegan con el agua.

Un pedido

Muy pícaro el viejito cuando te cuenta cosas en quichua. Hace 50 años que trabaja en un cerco hecho por sus padres, de sólo 4 hectáreas, sencillito pero eficaz para el rinde de zapallos, kafir, españita, y hasta bananas. Lo que más le gusta es que vengan los changos a escucharlo, mientras él trabajando cuenta un montón de “casos”. Famoso el viejo por hablar quichua “muy rápido”: no hay grabadora de este mundo que lo pueda seguir. Encima, mucha gente sabía venir a su casa, porque era dueño de una imagen muy venerada de la virgen. Entre los más conocidos del viejito, se ha hecho costumbre que tienes que pedirle en quichua, si no, la virgen no te lo va a ser milagreira.

Pero una cosa lo ponía serio siempre: su impotencia por no haber podido defender a su nietita, de 7 años.

Ella estaba jugando en el suelo, y una camioneta se paró muy cerca. Un señor conocido por todos (pero que nadie le podía decir nada) se bajó de la camioneta con un pie en el suelo y apuntó su escopeta a la frente de la niña. Le dejó un mensaje: si su abuelo no se iba de esos terrenos, él personalmente volvería para matarlo, y a ella también. La niña quedó en estado de shock, y tuvieron que llevarla al hospital. Unos días después logró relatar lo sucedido. Y tiempo después, el señor de la camioneta falleció por una enfermedad.

Muchos sintieron en el pueblo que llegaba una justicia reclamada. Desde esa vez, la virgencita milagreira no da abasto con ciertos pedidos dirigidos hacia ciertos injustos.

Paradojas del maíz

Los muchachos son llevados en colectivos o combis. Nadie les dice dónde son llevados. Cargan su bolso, los cigarros, su radio y algo de plata. Son quince o veinte, junto con el jefe de cuadrilla, vecino como ellos pero de más experiencia. Son más de 50.000 santiagueños poniendo el lomo, en surcos de otros con muchos billetes.

Muy temprano se levantan, y el frío quiebra los cuerpos en el surco mojado del amanecer, hasta que el sol seque un poco la espalda dolorida. Los brazos hacia arriba duelen durante todo el día, porque la flor está muy arriba. Trabajan dos meses desflorando el maíz, con un capataz bastante frío en horarios de trabajo. Las horas pasan y son mucho más que ocho horas, hasta la oración a veces los brazos levantados.

Los hacen competir entre cuadrillas, para obtener puntos. Esto los obliga a trabajar más unidos, callados, sólo atentos a las manos desflorando el maíz de alguien poderoso que no conocen ni conocerán jamás.

El quichua cobra valor doble: el empleador muchas veces no sabe quichua, y lo interpreta como complicidad de la cuadrilla. Para ellos, su quichua puede ser amenaza de despido o de no ser contratados al año siguiente. Cualquier confusión, cualquier frase dicha de más. Hay cuidado de no decir pelotudeces “delante de”.

Pero eso es un 1 por ciento del día. El resto, todo el resto del día, se la pasan quichuando, y mucho. Tanta prohibición para que no hablen, y terminan hablando tanto. Algunos que no lo hablan, comienzan a entender quichua después de su primera desflorada. Un curso intensivo de quichua, como sin querer, para jóvenes pueblerinos que sólo hablan

castellano. Ahora hay muchos capataces de su misma zona, santiagueños y quichuistas, que incluso cenan con las cuadrillas. Pero el trato vuelve a ser duro cuando hay que volver al surco, bien temprano. No hay quichua que valga cuando hay que desflorar.

Cierro con esta paradoja, tal vez polémica: el incansable control laboral del maíz a los brazos, chala que es hija directa del neoliberalismo agrario, termina colaborando en el mantenimiento del quichua.

La versión de Dios

Una señora encontró a un amigo “muy” quichuista en un festival, esos donde hay muchísima gente y muchísima música que te deja sordo. Le preguntó si él “andaba” con eso del quichua, y le dijo que conocía un poco de “eso”, pero no sabía en qué podría ayudarla. Era testigo de Jehová, quería traducir su biblia en quichua, para evangelizar en el interior provincial.

Figurita repetida. Ya pasó antes. Podría haber sido menos educado, pero mi amigo prefirió gastarse un tiempo en explicarle.

Que no es sencillo, no es soplar y hacer botellas. Que la traducción es laboriosa y forzada, lleva tiempo, y los resultados pueden ser incomprensibles para quienes deban recibir “la palabra de dios”. Que la escritura, si no se afirma primero en algún hábito de las personas, no sirve y se muere. Que muchos no saben leer, menos en quichua. Que una biblia en quichua, es como una guía telefónica en japonés: simplemente, no es parte de la vida cotidiana de uno. Incluso, puede llegar a producir rechazo, y el dios de la biblia incomprensible puede ser puesto de patitas a la calle (o una patada en el culo, se entiende). Que es preferible traducir algo que la gente quiera traducir. Hay contenidos más urgentes que el padrenuestro. No era capricho de mi amigo.

Ya había ocurrido antes. De muchas iglesias andan rondando por el mundo, intentando traducir biblias en lenguas nativas. Casi siempre fracasan. También anduvieron en Santiago hace años. Algunos aportes en gramática quichua fueron interesantes, pero no llegaron más allá de eso.

Dios no conoce todas las lenguas. No sabe hablar en lenguas donde otros dioses, mucho antes, ya hicieron el bien o el daño.

El zorro en la mesa

El asunto es que casi todos opinan que ya no hay niños quichuistas. Otros, proponen que sí. Nadie sabe cómo probar su afirmación de modo contundente.

Pongamos un caso. Muchos me decían que los niños y jóvenes *de ahora* no conocen cuentos del zorro. Y los mismos niños y jóvenes *de ahora* me decían lo mismo. Muchos dijeron que los viejos de antes, saben más que los chicos de ahora. Sospechemos de esto último. Supongamos que “los de ahora” se callan más (algunas cosas) que los “de antes”. Pero algunas cosas igual se deschavan solas, porque la picardía no aguanta estar mucho tiempo en silencio.

Una madrugada estábamos boludeando con Pichu y Lucas, dos changuitos, en un campeonato de veinte equipos, de esos que deben competir a la madrugada, porque morirían de calor a la siesta. Para Pichu, los changos saben un montón de cuentos (nótese que él también es “chango”; siempre son otros los que saben, nunca uno). Tercerizarse para no hablar en primera persona. Hasta que Lucas tiró la toalla: dijo que después de la comida, se ponen a contar “cosas”, boludeces, cuentos.

La picardía se mueve en varios terrenos. Y emerge, como si nada, después de comer, todos juntos, en la sobremesa. La *prohibición* se retira, triste, a un rincón oscuro de la pieza. Con zorros y zorritos, con borrachos, con cuentos de Pochi Chávez, con viejas calientas, y otros personajes de la zona, la quichua fluye con la castilla, a como venga, como sea. Había sido macana que no conocen cuentos del zorro.

Y había sabido ser macana que la lengua se muere, al menos en estas mesas de familia. Porque, al menos, los changuitos participan con la oreja, y la sonrisa de oreja a oreja.

La cámara

Un grupo de estudiantes estaba realizando un documental, sobre un programa radial que emite un programa en quichua, casi todos los domingos a la mañana. El programa permitió la participación de oyentes de todas las edades, a hablar en quichua. Fue como una extensión del patio de la casa, en la radio, y desde allí, a la radio en muchos patios de casas de la zona.

El programa, inevitablemente se hizo muy famoso en la zona. Y allí fue el equipo de cine, iluminación, sonido, montaje y todos sus perrechos.

Uno de los oyentes se hizo participante habitual. A don Segundo le tocaba hablar solo, directo a la cámara. De rostro duro, oscuro y pelo sin canas, fue maestro, director, gestor cultural, fiestero, chamuyador, vital. Dirigió muchos años los destinos del pueblo que lo vio nacer. Si viviera en Texas, sería un perfecto vaquero. Pícaro en su habla y duro en sus juicios, no hay personas que logren resistirse a sus palabras traviesas, tanto en quichua como en castellano. Actúa como un hombre muy enojado, y después te zampa una palabrota que todos festejan. Baila los escondidos y gatos como si fuera un zorro, dándole vueltas a la gallina. Es como una tormenta que está a punto de estallar, pero siempre se queda en la risa incuestionablemente pícaro. Su discurso filmado quedó como la parte “histórica” de la lengua en el documental, según el director.

Y don Segundo habló a la cámara. Comenzó y siguió en quichua. Larga escena de filmación, durante largos minutos. Quien había sido maestro, un recio director de escuela, de repente cambió al castellano

diciendo “para que entiendan, no nos dejaron hablar”. Se refería a la quichua. Y en el rostro duro, sus ojos comenzaron a humedecerse.

Terrible paradoja de quien es bilingüe, que fue maestro, que fue un hombre de actuar “duro” toda su vida, corrigiendo carpetas de niños bilingües. Siendo maestro, no sabemos si fue Sarmiento o Simón Rodríguez. Y ahora, frente a la cámara decidía hablar como quichuisa, pero en castellano, como si toda su vida hubiera sido una tristeza. Como si su vida de maestro, la hubiera sufrido como un niño bilingüe que sufre con un docente.

Toda esa risa que genera con su picardía, ahora está diciendo otra cosa, a partir de ese testimonio frente a un lente de cámara.

Paradoja cultural

Era uno de esos talleres organizados por el ministerio, en un salón de actos de una escuela muy careta de ciudad capital. El tema de la interculturalidad y la educación rural había convocado a muchos docentes, dirigentes indígenas y funcionarios. También da puntaje, pero ese día había muchos que fueron sin pretensiones y con curiosidad. Como es de costumbre, una dinámica del taller fue el armado de grupos para discutir temas de educación, y después un plenario con los temas expuestos en un afiche.

En uno de los grupos, una mujer anciana comentaba que, en su paraje, la directora era muy mala con los chicos; incluso se llevaba dinero del comedor escolar, y no atendía a las familias. Su rostro mostraba una preocupación sin soluciones a la vista, y mucha tristeza por su nietita, alumna damnificada.

Una dirigente indígena le sugirió: “Lo que hay que hacer en la escuela es enseñar contenidos interculturales. Por ejemplo, folclore, tejidos, clases de quichua... y así, la directora se dará cuenta de los problemas y va a cambiar”.

Un maestro joven la miraba callado. Cuando la dirigente terminó su sugerencia, el muchacho dijo a la anciana: “Doña ¿por qué los padres no toman la escuela, y listo? Si ustedes quieren diálogo, tienen que ejercer fuerza para que haya igualdad de condiciones. Así, a la directora no le quedará otra que sentarse a dialogar”. Todos se sorprendieron por la respuesta, y la dirigente indígena puso cara de escándalo.

Quedé pensando en esta paradoja: una mujer indígena, representante de un sector social oprimido por un Estado históricamente ex-

cluyente, que recetaba contenidos neutrales, vacíos, para apaciguar el conflicto. Y un docente, agente estatal, que pedía tomar la escuela.

Esta situación me estaba enseñando mucho más de interculturalidad, que la supuesta interculturalidad de un taller, e incluso la interculturalidad de una dirigente indígena, que hablaba como si el Estado excluyente hablara por ella.

Viejos congelados

Hay ancianos que, siendo más jóvenes, se interesaron en el quichua, ya sea porque fueron maestros rurales o porque asistieron a los primeros cursos de quichua en la ciudad, allá en los años 50.

Hoy, hay viejos que siguen andando. Algunos han seguido aprendiendo, dialogando con muchas personas que se mueven en este terreno de la lengua. Sobre todo, aprendiendo, aportando con alegría a donde se pueda.

Pero otros viejos se han quedado congelados en un tiempo donde “la quichua” era vista como una lengua para evangelizar, lengua para castellanizar, lengua para escolarizar, pero onda Sarmiento. El quichua en formato guardapolvo, pero nada más que eso. Algunas de esas personas congeladas siguen escribiendo en diarios y revistas, cuyos editores no tienen la más puta idea de qué decir sobre el quichua. Para éstos, se trata de una lengua folclórica, y punto. Los prejuicios funcionan así, asociando las cosas, porque sí nomás.

Así es el quichua para algunos tradicionalistas de la ciudad: un bloque cerrado, que no se debe desparramar para todos lados. Un amor autoritario al terruño. Un miedo a que el hielo se derrita. Una heladera abierta sólo en fechas patrias.

No ven que el hielo es agua, y el agua sigue fluyendo y abriendo surcos por donde se le canta.

Gambetas

Nadie sabe por qué, pero el zorro tiene siete gambetas, pero sólo una es buena. Pero si el perro lo atrapa, eso sí, se jodió para siempre.

De algún modo, el zorrillo real actúa como una persona, y más cuando la muerte se le acerca. Las *gambetas* del zorro son eso, gambetas: esquivadas con la cola que despistan a los perros. Pero hay otra explicación sorprendente: cuando el zorro está muerto, parece obvio que está muerto. Te alejas un poquito, y sale corriendo, todo herido por tus perros, medio comido, pero corre sin que ya nadie pueda alcanzarlo.

Tal vez me equivoque, pero así parece suceder con la quichua: se refugia en su madriguera. No se acerca a la escuela, a menos que sea para robar alguna cosa que le sirva. Deja huellas confusas, que no pueden ser atrapadas del todo en el papel. Y sólo sale al camino, cuando hay otros zorros, para jugar un rato en ese espacio abierto. De todas partes vienen perros buenos y malos, queriendo atrapar a ese zorro, para matarlo definitivamente o hacer que se reproduzca hasta el infinito.

Este zorro no quiere ni lo uno ni lo otro. Pareciera decirme que no quiere que lo jodan.

El challuero

En una repesita, antes de entrar a un pueblo de Figueroa, hay todo un mundo que nadie le da pelota, o ni se enteró jamás. “Flechar” es algo más que pescar. Una lanza con “punta” de metal engarzada hacia atrás. Con redes. Con anzuelo y tanza que se tirona violentamente hacia afuera, sin carnada. Con las manos incluso, atrapando diversos bichos.

Si challuar, a veces, te da de comer, Hipshu la transforma en un saber especializado. En invierno (imaginate el frío) prepara un buen fuego cerca del agua, se sumerge y pesca con la mano, guarda los pescados en una bolsa arpillera, y sale del agua para calentarse al fuego. Él, con toda humildad, suele enseñar algunos signos en el agua, en el cielo o en el aire. Pero, si alguien intenta pescar de acuerdo a sus enseñanzas, los resultados siempre son infructuosos. Son frecuentes las menciones a Hipshu “jodiendo” a gente que quiere pescar *con él*, y nunca logra hacerlo *como él*. Gente de la ciudad, con camionetas, escopetas y grandes conservadoras de bebidas blancas.

Un vecinito de Hipshu, tendría 10 años cuando me lo dijo, serio: “*Ése le habla en quichua a los pescaos para que no le salgan afuera*”. Es decir, para que otros no puedan pescar como él.

Frutos

El muchacho desconfiaba de las historias de Washington Ábalos, cuando éste mostraba el patio de la escuela rural: absolutamente todo el monte estaba ahí, en el patio del *Shunko* de Ábalos. Siempre le dio la impresión de que el maestro-escritor quería agradar al visitante de afuera, mostrándole de golpe y porrazo toda la flora y la fauna santiagueña, a través de una historia escolar triste. Incluso el muchacho dejó de leer eso que llaman literatura santiagueña, pues le parecía pretenciosa y exotizante en su mirada.

Pero ocurrió algo. Estando el muchacho cerca de Medellín, dos niñas terribles corrían y gritaban en un lenguaje sólo para ellas. Terribles janitas son, dice la abuela. Y después de hablar un rato con la mamá, las janitas lo acompañaron hasta la salida de la ruta, para seguir caminando. En el trayecto, le mostraron tantas flores y frutos, y le hicieron probar tantas macanas del monte, que el muchacho se convenció acerca de cierta literatura basada en los sentidos.

-¿Me entiendes si te digo la frase “comer los frutos en quichua”?- me preguntó fascinado, cuando nos vimos, tiempo después.

El muchacho se sintió como el Washington joven del *Shunko*: un tipo que recupera algunos sentidos perdidos, a través de los juegos y las palabras de los niños.

Desde esa vez y esa mirada, el muchacho ha vuelto a releer algunas historias santiagueñas en papel, que las veía pretenciosamente folclóricas, y ahora las ve más vivenciales.

Chisme

Hay una maestra, en una escuela, que jamás manifestó su habla quichua. Jamás. Esto, en una escuela donde el 100 % de los chicos, la mayoría de los maestros y hasta las cocineras hablan quichua hasta por los codos.

Lo de siempre: la quichua no está en la escuela, pero está. Fluye, pero no existe como “tema pedagógico”. Lo raro de este caso, es que esta maestra “ocultó” ser quichuista absolutamente a todos. Nadie sabía que ella sabe. Aún hoy.

Ella, muchas veces, entraba a la cocina para “chusmiar” qué pergeñaban las cocineras, qué chismes nuevos estaban recibiendo o generando. Ellas hablando en quichua para que la maestra no entendiera. Y la maestra entendía, pero se hacía como que no.

Su compañera, su única confidente del “secreto”, me dijo: si ella así no quiere hablar quichua ¿te imaginas cómo son los chicos?

Fantasmas en la mano

Un maestro creó una escritura quichua a mediados del siglo XX, y la llamó “signografía”, hecha de normas castellanas. Aunque quería que la quichua no se perdiera, esto distanció, cada vez más, a la quichua santiagueña de otras quechuas hermanas de la zona andina. Incluso, ya de viejo, propuso que la quichua se llame “quichua argentino”, como una forma de despojarla de cualquier contenido indígena. Algunos aprendices se apropiaron desmedidamente de esta rígida mirada: una normativa quichua con máscara castellana, siempre llena de reglas y prohibiciones. La “signografía” se fue llenando de evangelización, de Sarmiento, de lo argentino, de lo criollo, de bailes radiales, pero también de un folklore arrodillado a los autoritarismos.

Tiempo después aparecieron otras personas y otras escrituras, buscando puentes para reunir las hermanas y primas quechuas, lejanas en el mapa y en el tiempo. Estas escrituras se oponían a ciertas rigideces. Temen ser malentendidas por la gente porque no provienen de las reglas del castellano. Quieren una quichua autónoma, libre, que se maneje sola. Cuesta cortar la historia.

Jamás son puras las escrituras en lenguas nativas. Proviene de fuerzas en conflicto, y siempre dicen más de sus propias oscuridades que de sus propuestas claras. Si no se basan en alguna actividad cotidiana, fracasan estrepitosamente. Hoy, hay docentes, ancianos y adolescentes que les cuesta ablandar la mano. Un fantasma los bloquea: el miedo a entrar en “viejas polémicas” entre escrituras, a quedar “pegados” en un lado o en otro. Sabemos que muchos escriben en secreto, pero jamás publicarían por miedo a las críticas.

Para las dos escrituras, cuesta mucho salir a caminar sin haber un camino adelante.

Una pregunta sin palabras

Se trata de un niño y su monte.
El viento fatigoso se hace brisa.
Lo acompañan al changuito desde todas partes.
Hay metáforas juguetonas, ahí donde pisa.
El agua le susurra algo cerca de las rodillas.
La mula tira las ruedas cansadas.
Un niño en esa inmensidad grandota de tantos árboles.
Nervios frescos de cientos de años.
Vuelve de buscar el agua lejana.
¿Por qué se siente preocupado?
Todavía no sabe leer.
Ahora no hay monstruos nocturnos que bailen sobre su cabecita.
No es como el miedo de una espina en el pie.
Es otro miedito.

Descubre que hay algo en las cortezas.
Como cuando una vieja dice que las cortezas saben llorar.
Se mira las arrugas de mañana en sus manos.
Tal vez significa su primer encuentro con la muerte.
En su quichua de la madre,
una pregunta sin palabras que raya sus genes:
¿Por qué eso que veo no va a estar mañana?

Presintiendo arrasada la tierra,
hay algo que se parece a la verdadera filosofía.

Esa duda nacida del miedo y la necesidad,
acaba de ser descubierta por un niño en el universo de quebrachos,
dioses que gritan su condena en medio del silencio
de un niño de su monte.

Cuando sangran por vez primera,
cuando caminan solitos desde el río,
cuando se despiertan y de repente no ven a su madre,
los niños hacen estas cosas por dentro.

Al rato este changuito se va a olvidar de todo,
y su hermano lo va a invitar a jugar,
llenos de risas de brujos locos,
a matarse a pelotazos en la canchita de allá.

Que nos sea dada la posibilidad de conjeturar,
alguna vez,
la dulce aniquilación con la que juegan los chicos.

Quisiera volver a ese tiempo,
cuando los árboles me lloraban en secreto.

Salavinamanta

Es uno de esos cambios que hace de todo en el pueblo. Un muchacho orquesta que siempre le falta tiempo para terminar algunas cosas, y comenzar otras. Quichuista, pero él dice que a medias. No descansa. Anda con los ojos rojos, durante días, del cansancio. Mujeriego, bromista, guevarista. Muchos lo critican porque anda de aquí para allá. Otros lo quieren porque anda de aquí para allá. Un día comenzó su oficio de locutor en la radio comunitaria del pueblo, nacida de “regalías” de la Monsanto. A la multinacional le salió el maíz por la culata: la radio se hizo comunitaria en serio.

Un día, este cambio decidió estudiar en un curso de quichua en Capital. 250 kilómetros todas las semanas, durante un año y medio. A moverse como sea, conseguir los boletos, en moto prestada, venirse como sea. Conoció gente, nuevos amigos, nuevas ideas, profes de quichua. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? En su cabeza comenzó a bailar la idea: quichua + radio = programa de radio en quichua.

Y así comenzó *Salavinamanta Tukuypaq* (desde Salavina para todos) a mediados de 2006. Despacio, los sábados o los domingos, un rato en la radio. Un poco con miedo, porque él dice que no habla bien quichua, a diferencia de los más viejos. A veces leía un cuento de algún libro quichua, o hablaba algo de lo que aprendió en el curso, o ponía un tema de Sixto.

Las ideas fueron llegando de a poquito. Que los oyentes escriban mensajes de texto en quichua. O invitar a la gente a que visite la radio para quichuar un ratito. O traer algún conjunto de la zona para que toque algo. Y si puede, que canten en quichua.

Algunos conocidos se fueron acercando, y con el tiempo, participaban en calidad de amigos del programa. Un agente sanitario, un maestro, un jubilado, una ama de casa, un director de escuela, un cantor, un viejito pícaro, una de esas viejitas que viven bien lejos. Y un montón de personas a la vuelta, visitando a veces la radio. El programa se fue convirtiendo en una joda de risas, cuentos, anécdotas y algunas reflexiones a los oyentes. Era como un patio de una casa, trasladado a la radio. Ahí estaba el acierto del programa.

Y se convirtió en un boom de audiencia. Cuatrocientos mensajes de texto, en menos de tres horas, pedidos de temas, grupos musicales queriendo tocar un rato. El locutor se pagó con el bolsillo muchas veces el almuerzo para todos, porque el programa se extendía hasta la siesta, durante 5 horas. Forzosa, a los ponchazos, a veces improvisada, a veces memorable. Posiblemente, ésta sea la experiencia radial más interesante que haya surgido en los últimos tiempos en la provincia.

Hacen lo que pueden, con los recursos que tienen. Son tres locutores-operadores que pagan la luz, el mantenimiento de los equipos. Solitos, con pocos auspicios o alguna changa radial. A veces les faltan tiempo, a veces les faltan ideas, muchas veces les faltan recursos. Ahora, hacen el programa cuando pueden, cuando hay demanda de los oyentes. Ojalá que la iniciativa no se apague. La “cosa” comunitaria, la conexión con otras radios, la profesionalización, la gestión de nuevos recursos, todo eso que significa organizarse mejor.

Pero ya lo dije, se hace lo que se puede. Es tan difícil autogestionarse, sobre todo cuando se trata de un grupo de personas voluntariosas con su lengua, en medio del monte.

La secretaria

Eliana se fue de su pueblo figueroano teniendo 16 años. Como otras **E**changuitas, era “muy quichuista”, y la vi varias veces corrigiendo a su compañero que así no se dice en quichua, se dice de este modo, porque mi abuela decía así.

Tiene varios piercings, le gusta escuchar regetón, anduvo en la onda de los re-flogger, bailaba en una academia folclórica cerca de su casa, se pinta las uñas de negro, y manifestaba sin tapujos saber un montón de cuentos en quichua.

Dejó el colegio en 2009 para trabajar en un puesto de venta de ropa, en el mercado de abasto de La Banda, a la mañana, y en casas de familia como empleada de limpieza por hora. Los sábados hace un curso de secretariado comercial de 6 meses, porque dice que así podrá trabajar en una oficina.

En ciertos mundos no interesa saber qué lenguas hablas. Basta que sepas obedecer al jefe, y creer que el puesto es tuyo, sin hablar mucho.

Shalacas ladronas

Una docente bandeña recuerda cómo su abuela le enseñaba que “los *shalacos* son traicioneros y ladrones”. Su abuela tuvo mucha experiencia como empleada doméstica en casas céntricas del centro bandeño. Los shalacos, los que vienen del lado del río Salado. A veces es palabra mala, a veces genera orgullo.

Se trata de historias podridas y tapadas por familias, durante años. Casas de inmigrantes con guita, comerciantes y terratenientes de mediados del siglo XX. Siendo joven, la abuela veía cómo otras muchachas figueroanas robaban pequeños objetos en estas casas, mientras trabajaban como “muchachas”. Hablaban en quichua, en el secreto espacio de la cocina.

Así, iba surgiendo la tensión entre ellas: dice que las muchachas hablaban mal de ella. La abuela relacionaba la esfera privada del quichua con intenciones de “trabajos de brujerías” a los patrones o a las empleadas no-quichuistas como ella. Ella terminaba concluyendo que “todo shalaco es ladrón”.

Ser “del campo”, convertía a las muchachas en mercancía barata por sus empleadores, para gozar de un prostíbulo hogareño y familiar. Esta situación fue tan natural como silenciada en la gran mayoría de las familias urbanas de clase alta. Algo así como un moderno *derecho de pernada*: el rey cogiéndose a cualquier muchacha de su reino privado.

Es tan poco, la imagen de alguna muchacha robando algo de su patrón. Un precario mecanismo de defensa, sin entrar jamás en una justicia más justa.

Picardías del cuerpo

Algunas malas palabras que cuentan los changos, cuando hablan de mujeres:

Ikidor, cojedor

Yoqodor, cojedor

Sakwador, cojedor

Wasanyador, el que hace por atrás

Tanqador, empujador

Chamkador, tocador

Wasamant qochkan, está dando por atrás

Cuatron cuadrachkan, de cuatro la está cuadreando

Cuadrasqa, la han dejao cuadreada

Imágenes pícaras, imágenes violentas. Se sabe que las palabras quichuas sobre el cuerpo quedan muy por debajo respecto del castellano. Decir *ura* es muy bajo, decir *vagina* es algo formal. En la ciudad, el color de lo vergonzoso se dice en quichua, aunque muchos no lo sepan. Adquiere otra textura, otra hediondez. En castellano todo quiere parecerse a lo más limpio.

Para aquéllos que postulan la armonía entre las dos lenguas, éste es un buen ejemplo de la diferencia de las lenguas en la mente de las personas.

Igual que el castellano, hay más palabras que apuntan a las mujeres, que palabras a los hombres. Otras formas de la violencia, enmascaradas como picardías. Otras desigualdades adentro de la quichua, tapadas por los escombros de la historia.

A quemarropa

Nada de cuentos ahora.

Un miércoles 16 de noviembre de 2011, asesinaron a un muchacho que nunca conocí. Lo buscaron en su casa, en un rancho de allá en San Antonio, cerca de Monte Quemado. Se llamaba Cristian Ferreyra, y era un militante del MOCASE, terrible piedrita en el zapato para el capitalismo agrario neoliberal.

No voy a hablar de tantas contradicciones internas de tantos grupos campesinos, ni de las peleas o divisiones de grupos. El mundo es complejo, y los movimientos de liberación no escapan a los demonios de adentro y de afuera. Muchos hacen lo que pueden con lo que tienen. Pero también andan los buitres rondándoles cerca, buscando un prestigio ganado a pura defensa del territorio, puro pecho a las camionetas y las escopetas.

Algunos medios los nombran como indígenas, otros como campesinos, y otros mezclan. También depende de cómo se nombran a sí mismos, pero esa historia de identidades es larga y compleja de contar. En este caso, los diarios lo redujeron a un pequeño conflicto vecinal de la sección de policiales.

El caso es que murió un muchacho, a quemarropa en su casa. Quisiera decir que era quichuista, que usaba su lengua para arengar a los otros a defender lo suyo. Tal vez no lo era. Tal vez sí. Pero no se trata de eso. Era un chango que merecía un pedazo de tierra.

Y era un chango que hablaba -no importa en qué lengua- acompañando a los demás, para que no se les caigan los brazos y la tierra de las manos.

Celulares bilingües

Algunos argumentan que la quichua se perdería si sus hablantes no la escriben. El mundo global, dicen, amenaza a las lenguas que no poseen escritura. Es una gran discusión en muchas lenguas indígenas, sobre qué escribir, cómo hacerlo, con qué letras, dirigidas hacia quiénes, y enseñadas de qué forma.

Pero un maestro me dijo, no sin razón, que en Santiago jamás se escribió tanto en quichua, como ahora. ¿Dónde, entonces, la gente escribe tanto en quichua? En los mensajes de texto.

Un campesino, por ejemplo, celebraba que estas escrituras de celular fluyan por fuera de la escuela. Un chiquito le escribió a su hermana para que le traiga el jogging de educación física. Otros chicos escriben mensajes de textos sumamente “ilegales” en pleno horario de clase. Una muchacha escribía en quichua a su hermano para que su novio (que no habla quichua) no entendiera sus mensajes. Otro muchacho me contaba que había que organizar un “ataque” de quichua en el facebook, y saber cuántos quichuistas deciden responder en quichua, para armar barullo. Y muchos chicos que me escriben en quichua, sólo para hacerme bromas, saber cómo ando, o para decirme alguna picardía, a ver qué macana les contesto. No estoy inventando, sólo hago una lista de situaciones frecuentes.

Muchos usos del quichua en celular. Muchas formas de hacerse entender. Quichua abreviado como un mensaje de texto. Packs de miles de mensajes que deben ser usados en cinco días. Miles de mensajes en quichua circulando por el monte, por la ciudad. Mensajes de amor, de familia, de complicidad o de picardía.

Al parecer, la quichua se habla y también se escribe.

Preocupación en cadena

Curso del ministerio para docentes. Tema: educación intercultural bilingüe. Se proyectan algunos documentales, se habla sobre el respeto al otro “diferente”, las desigualdades modernas, se reparten materiales desde “nación” sobre el tema. Se habla de alumnos indígenas y saberes que la escuela debe incluir en su enseñanza.

Todo bien hasta ahí. El asunto es cuando muchos docentes comienzan a preguntar: ¿qué hacemos con niños que son bilingües?

Ahí comienza el problema, la lengua. La “interculturalidad” es más pichita de comprender porque vivimos en tiempos donde la tolerancia se mezcla con la violencia. Pero la lengua es una “cosa” tangible y no atrapable. Oíble pero no escuchable. Se hace presencia en las aulas, pero no se manifiesta. Cuando aparece en la mente de los docentes, aparece como una preocupación. Siempre es referida como un problema por resolver. Muy pocas veces la quichua aparece en las mentes docentes como un “Uy, me cayó la ficha, qué grosso tener alumnos quichuistas en el aula”, o “se me ocurren diez mil ideas para hacer con estos chicos”.

Ese bloqueo tan grande, esa cosa vista como un “problema”, se contagia a los chicos. Y los chicos comienzan a ver todo como sus docentes, como un problema. Entonces a las funcionarias del ministerio también les resulta muy difícil pensar soluciones, porque con la “interculturalidad” bajada desde nación, no basta.

Y la bola de nieve parece hacerse más complicada, que hasta este texto se llena de complicaciones sin salida. Para muchos docentes, la

quichua no es una lengua, y por eso no cae la ficha de que también puede entrar en el aula.

Pero no es el fin de nada: es sólo un prejuicio que puede ser desactivado de muchas formas.

Los mirones y la virgen

Terrible sol. A la Virgen de Guadalupe le construyeron un altarcito, como si fueran pequeñas montañas, allá en Cardón Esquina, de Figueroa. Y la celebración se llena de bebés recién bautizados, se prenden algunas luces, y las empanadas y bebidas empiezan a correr apenas va cayendo el sol. Ya a la tarde los changos se mataron a pelotazos, con equipos de aquí y equipos de muy lejos. Incluso desde la mañana, algunos se acercan, hacen un rezo, y se quedan paraditos debajo de alguna planta petisa, en pleno sol de un 12 de diciembre, así todo el día hasta la noche. La multitud se va organizando a sí misma alrededor del altar, poco más de 4000 personas.

Pero ocurre algo que nadie ve, cuando ya es de noche: algunos muchachos y viejos, se “sientan” sobre sus bicicletas, parados en la ruta, alejados de toda la multitud. Miran y miran, callados, cómo ocurre todo: la misa, la música, y el baile posterior. Cuando la procesión comienza a andar con la virgen a cuestras, ellos se corren hacia el monte, y se esconden hasta que el hormiguero de gente pase.

Miran y miran y miran, callados. De lejos siempre.

Sólo alguno de estos mirones se acerca a la luz del patio de baile, cuando ya es muy de noche, y las botellas ya están muy tiradas. Estos mirones son vecinos del lugar. Algunos muchachos me dicen que son gente que vive “detrás del río”, allá, yendo “más hacia el monte”. Me dicen que esos hombres de “allá” nunca salen de su rancho, ni siquiera para comprar algo en el pueblo. Sólo aparecen cuando hay una multitud, un baile grande, la virgen, o un acto político importante. Quisiera

saber qué sienten cuando aparecen en la celebración de la virgen. Qué miran, qué buscan cuando llegan y nadie se da cuenta de su presencia.

Los muchachos me dicen que estos hombres son “muy quichuistas”. Con esto, podría cerrarse la ecuación. Supongamos que esto sea sospechoso, pero no suficiente.

El hachazo de Shakespeare

Muchachas y muchachos que llegan del campo para estudiar un profesorado en la ciudad. Lleva tiempo, esfuerzo, muchas penurias económicas. Algunos se adaptan rápido, otros no tanto.

Con frecuencia, los profesorados en lengua castellana son los lugares más excluyentes para hablar de las lenguas minoritarias que miles hablan en Argentina. “Yo soy profesor en castellano”, es el argumento. Y listo. Con ese “soy” no hay discusión posible. Sólo conceden los docentes un poco, cuando enseñan los “préstamos” de palabras quichuas al castellano: chujchar, ishpar, uma, etc. Y nada más. No existe planteo posible de cómo el quichua interfiere, afecta, transforma el castellano hablado en Santiago, incluso el de los mismos profesores del terciario.

Una vez, conocí a dos jóvenes que estuvieron casi nueve años cursando un profesorado de lengua. Nadie supo jamás que estas muchachas eran quichuistas. Jamás en el profesorado se mencionó el tema. Y la frutilla de la torta vino por el lado de la literatura extranjera: su profesora se escandalizaba porque estas chicas no habían leído a Shakespeare en su colegio rural.

De este modo, la vida de un abuelo hachero nunca tendría sentido si no leyó a Borges. ¿O acaso está salvado al no entrar en la soberbia letrada, ese aire que el mundo dominante respira? No me decido.

Un sociólogo francés refirió muchas veces sobre cómo se ejerce la violencia simbólica en el sistema educativo. Eso sí está muy claro en esta figurita.

SMS de amor

Un muchacho se me acercó, una tarde muy jodida, de ésas en que el sol es decididamente molesto y no hay sombras a la vista.

Quería que le lea un mensaje de texto, escrito en quichua. Las letras iban y venían en ese celular desgastado, ya sin letras. Poco a poco, comienzo a darme cuenta de que ese mensaje, era un mensaje de amor a una chica.

Ahora entendí: el muchacho se le estaba declarando en quichua, porque esta chica era muy quichuista. Y me pedía que le “revise” bien el mensaje, que no sea que la chica no lo entienda.

-¿Y por qué mejor no vas directamente y le dices que la quieres?- le pregunté.

-Es que no sé si da, todavía no... pero la quiero sorprender con esto- me dijo.

Pensaba: dos quichuistas adolescentes, que viven a algunos kilómetros entre sí, mediados por un celular. Y un mensaje de amor. Él quiso sorprenderla con ese mensaje. La sorpresa estaba, precisamente, en que “la quichua se habla, no se escribe”, y menos en celular.

Pero esto fue hace muchos años. Hoy los mensajes de textos quichuas son tan comunes como los noviazgos adolescentes.

El mercado de la identidad

Como Santiago posee muy pocas fábricas (sólo hay una gran industria para el suplemento industrial de los diarios), en estos años surgieron nuevas formas de hacer andar la economía: usando la cultura como personaje principal. El origen, el pasado fundacional, el espíritu nobiliario de la elite provincial, las fundaciones culturales, la guita inyectada a proyectos, muchas personas devenidas en gestores culturales, muchas personas expertas en andar, hacer mover expedientes, mover recursos, presentar notas, pedir apoyo.

Esto no es privativo de Santiago: en muchas partes del mundo sucede lo mismo desde hace 20 años. La cultura se convierte en un “recurso” que puede ser administrado, expandido, promocionado, televisado, comercializado y cotizado frente a otros productos. Es más fácil financiar a la “cultura”, porque financiar lo “social” puede traer problemas a los financistas. El Fondo Monetario y el Banco Mundial saben muy bien estas cosas.

Y ahí entra la quichua, aunque no todo de ella. Entra como souvenir, que se entrega a personalidades internacionales, a turistas y famosos de la tele. Se entrega como libros en quichua, como ponchos, bombos o plaquetas recordatorias. Entra como publicidades en la tele. Entra como un emblema de identidad que no representa a todos, e incluso ese emblema termina ocultando otras identidades muy dinámicas y escapistas.

Muchas personas toman parte en esta movida, no sólo los funcionarios. Artesanos, músicos, musiqueros, turistas, punteros, bombos, turistas, marchantes, gestores culturales de toda índole, y turistas. Ese

emblema activa las emociones y las lágrimas de sus participantes, y Santiago se convierte en algo realmente sentido, necesitado, vivenciado como algo muy potente. Esto me obliga a ser prudente, a prestar atención, a no soslayar el sentimiento de muchas personas: no todo es mercancía entonces. Hay afectos, emociones que se ponen en juego cuando la identidad se cotiza frente a los turistas o a los embajadores visitantes. Y la quichua queda muy pegada a todo esto.

No está mal que la gente trate de parar la olla usando su cultura como recurso: la ilusión es creer que es el único recurso posible para vivir. O que el souvenir quichua sea el único recurso que la “cultura santiagueña” tiene a mano.

La salud en el monte

Hay muchos como él, pero el sistema de salud nunca se da por enterado.

Es un hombrecito que hace 25 años recorre toda la zona en su moto, visitando familias, charlando con los viejos, chusmeando a las viejas, cortejando a las chicas, bromeando a los changuitos. Toca el acordeón con un ritmo de chamamé que le sale de sus propios latidos. Y laburando en lo que le gusta, como agente sanitario en una zona bien “del campo”, alejada por caminos y vinales. El lugar entero queda aislado cuando llueve, durante semanas enteras.

Toda la zona donde él anda, es muy quichuista. Y me cuenta, con los ojos y la boca tan llenos de situaciones y relatos que están a punto de estallarle. Pareciera que no ve la hora de sentarse a contar todo lo que ha vivido atendiendo la salud de las personas.

No reniega de las curaciones caseras, ni de otras curaciones más secretas. Comparte su propio mundo y el mundo de los curanderos ancianos, con su rol de agente sanitario. Comprende la mezcla, sin muchos problemas, de la grasa de iguana y la leche con ajo cuando te pica una víbora, junto con el suero antiofídico. Sabe que el arrope de chañar es muy bueno, junto con el jarabe para la tos. Sabe que la hoja de vinal es buena para el hígado, junto con el sertal perlas.

El ministerio de salud aprendería muchísimo de la experiencia de hombres y mujeres como éstos, que estudiaron y lograron un puesto en su propia zona, que la entienden y saben cómo atender. El ministerio no da pelota a estas cosas. El ministerio lo considera cosas de

ignorantes. El ministerio proviene de una época medicalizante, que se arrodilla ante el gran dios del mercado, y hace rato que dejó de ver a los pacientes como personas. Personas con dolencias, con cultura, con saberes, con palabras humanas. Sólo cuerpos con algo malo que hay que extraer.

Trato de imaginar tantos años de trabajo en el monte. De lo que significa ser agente sanitario, y comprender lo que una viejita le está diciendo, en quichua, dónde y cómo le duele el cuerpo

Apropiación

Estaba tomando unos mates con unos muchachos golondrinas, en una zona bien llena de vinales al norte de Santiago, en invierno de 2012. Uno de los muchachos, supongamos que se llama Jashi, me contaba lo bien que le va en el terciario. Está estudiando para ser maestro. Es muy quichuista, y conoce con aires de experto el duro oficio del maíz para las multinacionales semilleras. Jashi ese día era una catarata de cosas que quería contarme. Poco a poco, de su testimonio salían palabras como *bilingüismo*, *interculturalidad*, *derechos indígenas*, *enseñanza del quichua*. Pero sobre todo, ciertas “preocupaciones”, ciertos temas que ahora discuten en clase, con los docentes.

Cuento todo esto porque, hasta donde sabía, ningún docente o estudiante comentó algo acerca de estos “contenidos” nuevos. Sin embargo, este muchacho tenía un discurso que sobrepasaba esos conceptos tan académicos, porque lo decía absolutamente convencido, o acaso porque él ya se había apropiado de estas cosas.

Pareciera que los discursos siempre “bajan” desde el Estado, como una imposición a docentes y alumnos. Y muchas veces eso no sucede: un alumno puede apropiarse de algo, o simplemente olvidarse y seguir su propio camino. Aquí se trata de muchos jóvenes que, con sus docentes, plantean discutir seriamente (y hasta donde tienen las posibilidades de hacerlo) el tema de la enseñanza de la quichua en la escuela. Son procesos difíciles, que no son bajadas de línea, sino de “preocupaciones” que están surgiendo. Procesos que están comenzando a hacerse visibles por primera vez, en los profesorados rurales. Hoy

en día, es complicado esquivarle al tema, cuando se es estudiante o docente rural.

No sé si estos conceptos “nuevos” serán la llave de una inclusión del quichua, o de la transformación educativa, o de una educación popular que borre cualquier desigualdad en nuestras sociedades. Lo cierto es que estas palabras, criticadas por provenir del Banco Mundial desde la década del 90’, están siendo discutidas y profundizadas en las vivencias reales de estos estudiantes y profes.

Proceso difícil, conflictivo, doloroso a veces. Y siempre necesario.

Comunicación

Un gran movimiento campesino santiaguense, que se armó al fragor de las luchas por la tierra a comienzos de los años 80', trata de construir una red de comunicación popular en medio del monte. Radios, equipos de base, páginas web, celulares: todo es útil cuando se trata de comunicarse, defenderse de los usurpadores, educarse mutuamente, hacer talleres de formación, juntarse en campamentos educativos.

Desde la perspectiva de los sectores más académicos, la quichua es parte de los derechos que deben reclamarse y construirse. Los movimientos campesinos tienen como bandera la educación popular, pero la quichua no se encuentra en su agenda de discusiones sobre cómo acceder o construir educación.

Sin embargo, la quichua es parte de la vida cotidiana de muchas asambleas: son numerosos los testimonios de técnicos que asisten a asambleas campesinas, y escuchan cómo debaten en quichua, y lo llaman para comunicarle, en castellano, la decisión tomada en asamblea. Otro caso son los equipos de radio base: antes, buscaban cambiar la frecuencia para que la policía no los ubique. Ahora muchos ya no cambian la frecuencia, sino que se comunican directamente en quichua.

No argumento tajantemente que la quichua deba ser integrada a los objetivos educativos del campesinado organizado, aunque me parece sumamente estratégico. Pero es curioso cómo la quichua es hablada, sirve como herramienta de complicidad, es lengua de asamblea, pero no es lengua para enseñar formalmente. Y cómo estos usos políticos-comunitarios de la quichua no logran modificar esa desigualdad que la acompaña desde hace décadas: esa asociación imposible entre la quichua y la escuela, ni siquiera a una escuela campesina.

Oraciones de tormenta

Hoy, no todos los que miran al cielo logran mirar lo que miran algunos viejos, cuando hay cambio de tiempo.

El tiempo, la experiencia, las arrugas de las manos y ciertas palabras, fueron siendo aprendidas para saber cuándo sembrar, cuándo escaparse de las crecidas, las piedras, las sequías y las lluvias que llueven maliciosamente.

Algunos de estos rezos quichuas hablan de un nombre secreto de la virgen. Otros, describen rasgos eróticos de esa virgen extraña: sus senos que golpean, su boca que habla, su cintura pequeña. Otros dicen que un viento fuerte irrumpe y empuja impulsivamente a quien reza. También son insistentes en la belleza desmedida de esa mujer.

Hace muchísimos años, investigadores y folcloristas recopilaron oraciones quichuas que se usan para parar la tormenta. El contenido de esas oraciones no deja dudas sobre su origen indígena. Y sabemos de algunas personas que siguen rezando íntimamente mientras miran el cielo, buscando que las lluvias malas no se lleven los surcos en nuestros días.

Salen del rancho, van caminando hasta el cerco. Recién cuando están bien solos y lejos de los caseríos, sentados en cuclillas, levantando algunos terrones con la mano y mirando para arriba, abren la boca y murmuran.

Quién sabe qué otras oraciones que no conocemos (y que se escaparon al furtivo cuaderno de los recopiladores) completan la imagen extraña de esa mujer de cuerpo bello, con boca que habla nombres secretos, y que tiene el poder de parar las aguas y los vientos.

El pacto del ocultamiento

Hasta hace unos 70 años, el quichua no existía como lo conocemos ahora. No es que no existía, pero sí sería correcto decir que no existía como un espacio autónomo, nuevo, que cobra sentido por sí mismo. El quichua surge en un momento en que estaba naciendo el folclore: esa disciplina de estudiosos que recolectaba cuentos, canciones, mitos y leyendas, comidas típicas, costumbres, como quien busca bichos raros para coleccionar.

La “tradición” como tal, surge en un momento en que Argentina recién se estaba definiendo como un país con un pasado, allá por los años 20. Los pocos escritores y poetas santiagueños se dedicaban a escribir cosas de la ciudad. Cansados de hacer lo mismo, o ante el miedo por el “peligro” inmigrante, comenzaron a “ver” al monte: sus ojos se fueron enfocando en el saber de las personas que vivían en el monte. Y ahí nace el quichua como “objeto” con una identidad propia.

La quichua era hablada por muchísimas personas, incluso en ciudades de Santiago. Por eso, en los años 20 y 30, había pancartas, panfletos políticos, avisos radiales en quichua. Y esto no era motivo de turismo, como ahora: sencillamente, eran tantos los quichuistas que los comerciantes, políticos y funcionarios se sentían obligados a publicar ciertos discursos en quichua. Incluso había un periódico peronista, que llevaba por título “Chekamanta” (desde el derecho).

Pero algo sucedió. Cuando llega el peronismo, fue la primera vez que el Estado nacional llegaba a lugares donde jamás había estado. Contingentes de médicos atendían a cientos de personas, pasando por decenas de parajes del monte. Los muchachos salían para hacer el ser-

vicio militar, las chicas más lindas eran llevadas para empleadas de limpieza en las ciudades. Las escuelas se iban construyendo en medio de zonas desconocidas. Los maestros comenzaban a dar clases, muy pocos de ellos sabían algo de quichua. Era el Estado ingresando en la vida cotidiana de las personas. Haciendo presencia con su ayuda, su educación, su sistema sanitario, su asistencia social, pero sobre todo con el asunto del trabajo.

Y aquí llegamos al punto. Se fue estableciendo un *pacto* nunca dicho, entre población y estado. Miles y miles de obreros quichuistas entregaron su fuerza de trabajo al Estado, y éste otorgaba (junto con los derechos) nuevas categorías a las familias: ciudadanos, obreros, trabajadores, alumnos, madres, peronistas. La quichua no entraba en este pacto, que duraría muchas décadas hasta los tiempos actuales.

Es así como la quichua nunca pudo ingresar al modelo de país que fue dando trabajo y ampliando derechos a millones de familias. La nación incluye, pero excluye otras cosas. La identidad que resguarda a la lengua cotidiana, tuvo que quedarse quieta, sin salir jamás ante la presencia de la nación. Sólo logró asomar la cabeza todos estos años bajo la escarapela del folclore. Como todo relato nacional, se instaló la idea de que todo Estado es eterno, y que nace desde el origen de los tiempos.

Es así como la sociedad cree que la quichua, desde siempre, estaría desplazada, invisible, silenciosa. Hoy sabemos que no siempre fue así.

La muerte del patriarca

Se hace difícil precisar algunos aspectos que rodearon la vida y la muerte de Sixto Doroteo Palavecino. Se vio por televisión una respuesta enorme de parte de la sociedad santiagueña por la noticia de su muerte. Una despedida emotiva, de sus familiares y gente muy querida, a un músico, escritor y narrador, pocas veces vista en la provincia. Muchos folcloristas, escritores, funcionarios, trabajadores, y muy pocos quichuistas. Surgieron las opiniones vertidas sobre su figura: que era un grande, un baluarte de la cultura, un gran gestor, etc. Un diario centenario publicó que “se fue el último exponente del quichua”. Me llamó la atención que nadie fundamentara el por qué de tanta gloria, el por qué de sus propias opiniones. Quiero indagar cómo algunos sectores miran la figura de Sixto, y qué ideologías subyacen en esas miradas.

El país (o por lo menos el sector ávido de turismo antropológico) ve a un hombrecito con violín, hablando milagrosamente en quichua, y se imagina un rezago de “patrimonio cultural”, un “testimonio vivo de las culturas antiguas”. Para la provincia, el caso es más complejo: hubo que esperar hasta que Sixto falleciera, para que los medios locales repitieran su imagen sachera hasta el hartazgo. Si bien antes fue mediatizado decenas de veces, siempre fue menos por convicción que por concesión hacia algo que no se entendió nunca del todo. Concesión a una figura que, de algún modo, simboliza lo que queda de un espacio campesino en amenaza constante. Hablar de la muerte de Sixto es hablar de la desaparición de una idea de cultura que, durante muchos años, los sectores intelectuales mitificaron, y después de las fotos, lo guardaron en el cajón para el próximo festejo. Nada de esto se relacio-

na con su inmensa obra, su vida y su accionar cultural, a través de un violín sachero sencillo, potente, extraño.

Frente a la abrumadora evidencia de estos días, es necesario proponerse discutir, al menos, por las condiciones que obligaron a que Sixto (aunque no es así) sea visto como un pedazo de tela roto, perdido, pero conservado hasta su última hebra como pieza de museo, el cual está siempre a punto de caerse. Pero a cada fecha cultural, se lo remoza con guirnaldas, con algún programa educativo *compensatorio* que confunde “lo quichua” (y toda su superficie compleja), y “lo indígena” (con todo lo falso o verdadero que se hace presencia en Santiago). Indagando cómo se mira a Sixto, encontraremos una de las claves de la ideología multicultural santiagueña contemporánea.

Si logró trascender fue porque, a fuerza de su violín, del apoyo inicial de León Gieco, de músicos que lo acompañaron en el camino, de numerosos discos quichuas invaluable, Sixto remó a contracorriente de un modo que a ningún militante político o gestor cultural se le hubiera ocurrido en estos 40 años. Pero también porque se lo dejó cantar, se lo dejó hablar en quichua en los medios; lo dejaban aparecer ante las cámaras como para quedar bien, y para no pasar por ignorantes hacia aquello que no se entiende.

El Martín Fierro quichua que hizo no es sólo un libro: es parte de una tragedia mayor. Más allá de que algunos quichuistas hayan entendido su traducción o no la hayan comprendido, hubiera sido interesante enterarnos sobre miles y miles de ejemplares repartidos en cada rancho, y en cada escuela de Santiago. O que haya sido parte de los planes de lectura. Por supuesto que nada de esto pasó: nadie, en el área educativa, sabe qué hacer con un bilingüismo de miles de niños quichuistas (o bidialectalismo de los no quichuistas, como somos vos y yo), o con los miles de “Sixtos” que nunca podrán ser. Niños que no tienen espacios en educación porque una de sus lenguas sigue siendo “ilegal”. Niños que nunca podrán escribir poesía quichua, ni cantar en quichua, ni putear en quichua en la carpeta de la escuela, ni argumentar en una nota de opinión en quichua, ni hacer un informe científico

en quichua, porque nadie sabe qué hacer con esa realidad que debe ser promovida y desarrollada.

El Martín Fierro quichua también sufre los efectos de esa hipocresía cultural: nadie, jamás, publicó un comentario del Fierro quichua, mucho menos un análisis crítico. Aplaudimos su publicación, y pasamos a otra cosa. Profesores en lengua: a nadie de nosotros le interesa el quichua, mucho menos el castellano real que se habla. Nadie pidió este libro. Nadie vio que circulen por el espacio social. Mucho menos la esfera rural, lugar estratégico de un público ideal al que Sixto hubiera querido llegar. Pero los ejemplares financiados de una obra en quichua es menos una política de lectura que un pequeño gesto paternalista gubernamental. A pesar del notable esfuerzo de amigos y colaboradores que lograron publicar a este Fierro, el nulo interés social por la literatura quichua hace imposible una recepción interesante.

De este modo, el Martín Fierro quichua es empujado a ser parte de las innumerables obras de los intelectuales santiagueños del siglo XX, que hablan del monte, de la problemática del excluido, de la cultura de los “otros”, pero que nunca llegaron al monte, al campesino, ni colaboraron en el proceso de educación popular. Más invisibles, todavía, algunos pocos docentes rurales que intentan generar proyectos educativos sin ningún tipo de apoyo oficial: desconectados entre ellos, sin formación técnico-pedagógica del estado, pero con voluntad silenciosa. De ahí que Atila Karlovich concluía con justa razón que, para la gente, el quichua no se escribe porque no sirve para ser escrito, y porque los perdedores de la historia no son cotizables ni interesantes para nadie.

La muerte de Sixto sirve para hacer notar que nadie quiere embarrarse en un derecho humano esencial: el derecho a la educación escolar en la lengua que te sientes más cómodo para vivir. Existen solamente dos cargos docentes de lengua quichua, sobre una estimación de miles de niños quichuistas. No existe formación de recursos humanos ni líneas de investigación sobre enseñanza eficaz de la lengua. La modalidad provincial de educación intercultural tiene muchos problemas y falta

de presupuesto. En el nivel superior, hay un curso y una tecnicatura universitaria que se van haciendo al andar. En escuelas y colegios hay algunas experiencias sin registrar, que podrían calificarse como de promoción intercultural bilingüe, pero los docentes no pueden visibilizarlas como tales, al no tener el apoyo técnico ni la capacitación debida.

Frente a este panorama, surgen medidas gubernamentales irrisorias: homenajes sin propuestas de acción, melancolías sin reflexión, proyectos sobre el día de la “cultura quichuista”, o el “día del quichua”. Es decir, una carga más al calendario mecánico de docentes abrumados de actos. Dicho en otras palabras: la quichua es asumida como parte marginal del *espacio cultural*, cuando sería estratégico pensarla como parte fundamental del *espacio educativo*. Los integrantes del primer sector se sienten seguros de su *tipo de política* referida a la quichua, pero no se animan a “pasar” al segundo sector, ni pueden pensar acciones concretas.

Eduardo Rosenzvaig decía una vez que, en la democracia universal de las emisiones, uno es el mundo rico y el otro pobre, pero el poder de emisión se halla en la media esfera rica. Pienso en el lugar desigual de la quichua. Con Sixto se murió algo lo más “aceptable” del monte que nuestra sociedad santiagueña puede llegar a aguantarse. Sixto fue un puente movedizo entre una comunidad que lucha todos los días por su forma de vida, y el resto de la sociedad.

Si acaso muchos cantan, recitan, narran en quichua ¿pudieron aparecer alguna vez? ¿Tuvieron apoyo de alguien para hacerlo? ¿Hasta qué grado pudieron cursar, al igual que Sixto? ¿Es posible que la sociedad sólo vislumbre un hombre, tapando el bosque con una hoja? ¿Por qué, en medio siglo de visibilización mediática del quichua, no hay miles de adolescentes-Sixto, miles de poetas-Sixto, o escritores-Sixto? ¿Realmente se murió el último exponente del quichua?

Se trata de “intocables” prejuicios sociales reflejados en discursos en torno a Sixto. Miles de potenciales artistas del monte, excluidos del discurso social. La cultura de miles de personas fue ninguneada, dada por muerta, y reducida a la imagen de una persona querida. Se impuso

el traje de patriarca, prócer, apóstol, a un artista: costumbre santiagueña de mitificar, ocultando realidades que no nos gusta ver. Si bien la perorata de los medios, Sixto no es de ningún modo un “patriarca”. Es un aquí y ahora, bien cercano, que nos interpela con su presencia. La misma presencia de miles de quichuistas caminando por nuestras calles, negando su condición de bilingües para evitar ser marginados.

Cuesta expresarlo, pero el asunto es si lo que representa Sixto para la sociedad es nada más que un músico, algo pintoresco, o una escarapela folclórica. O acaso su lucha, su vergüenza inicial a hablar quichua, su penurias económicas, su arte sin fronteras, nos desafían a una discusión profunda en materia de educación popular, donde el bilingüismo sea un elemento estratégico para miles de niños y jóvenes que podrían desarrollar su autoría y pensamiento desde su quichua. ¿No es eso acaso, lo que los adultos reclamamos de la educación? ¿Seguridad, sentido crítico, inteligencia, calidad educativa? Aquí hay un camino, pero pocos se animan a andar, menos a verlo.

Éste sería el mejor homenaje a Sixto: investigaciones participativas, educación popular, docentes curiosos, proyectos comunitarios en la escuela, docentes discutiendo qué hacer con el quichua de sus alumnos, chicos escritores, poetas, músicos, polemizadores. En fin, una planificación lingüística destinada a una lengua minorizada, nacida de sus propios adentros.

Y la música saldrá sola.

Profesionalismo de la chala

Un muchacho andaba encuestando en un paraje de Atamisqui. Era una encuesta muy especial porque se trataba de un proyecto de investigación, para saber las condiciones reales del trabajo golondrina en Santiago. Hachiar, desmontar, paliar, desenraizar, quemar, desflorar, cosechar: muchos tipos de trabajo duro, muchas rutas que recorrer, muchas ausencias en las casas durante meses.

La encuesta estaba pensada para presentar un informe final al ministerio de trabajo, para conocer exactamente este tipo de trabajos. Sencillamente, no había datos confiables. Y el Estado, al no tener números, no actúa.

En su andar, este muchacho logra contactarse con un cabecilla de edad avanzada. Era un experto en el duro oficio del desflore del maíz, y sus manos no hacían otra cosa que evidenciar ese rigor. Quichuista como pocos en la zona. La encuesta no preguntaba sobre su quichua, que podría haber sido interesante –y hasta determinante- como dato. El hombre se sabía un profesional de la chala, un tipo que ostentaba cierto orgullo por un trabajo de años, y se quejaba por los jóvenes de hoy, “muy débiles, ahora muy pollitos son cuando empiezan”. Antes dormían en el suelo, comían lo que podían y el agua era sacada de algún pozo. Ahora, se quejaba el cabecilla, les dan colchones, dispenser de agua, luz eléctrica, comida, e “igual son pollitos para desflorar”.

Una de las preguntas de la encuesta decía: ¿qué ideas tiene usted para mejorar las condiciones de su trabajo? El muchacho pretendía que el hombre proponga alguna idea para trabajar en su propia zona. Y el cabecilla dio una respuesta que descolocó al encuestador: “por mí, que nos contraten todo el año”.

El profe chamamecero

Muchos son los músicos puebleros que tienen acordeón, y tocan chamamé como los mejores de Corrientes. Las radios locales se llenan de pedidos de los oyentes para que pasen temas de grupos de la zona: canciones nuevas, canciones románticas latinas, chamamés evangélicos o católicos, incluso traducciones de canciones en inglés.

Hay un profe muy músico. Trabaja en una escuela donde casi nunca se manifiesta como el quichuista que es, y toca de vez en cuando en giras a Buenos Aires, donde muchos santiagueños del conurbano se prenden en bailes chamameceros porteños. Pero jamás encontrarás algún chamamé en quichua, en ninguna parte de la gran ruralidad santiagueña. Sencillamente, la quichua y el chamamé son impensables juntos.

Lo raro es una actitud suya, habitual también en otros docentes: le gusta “tirar” al aire algunas frases en quichua, para hacer reír a los chicos que vienen “de lejos”, los que no son puebleros. Pero se siente muy incómodo cuando alguien pregunta algo en quichua, o alguien lo refiere en las reuniones docentes. Decide callarse, y hasta pone cara de enojo manifiesto. Con la quichua, no quiere hacer, más de lo que su idea de la quichua se lo propone.

Hasta aquí llegamos y no más, pareciera decir siempre. Igual que su chamamé, que es por donde su alegría también se destila sola, sin preguntas ni molestias, a puro acordeón.

El conversador de perros

Ishicu es un chango de unos 30 años que vive en uno de esos pueblos pegados al río Dulce, muy cerca de un puente donde caminan mujeres en medio de los sueños. Ishicu tiene algunos problemas en su cuerpo, que le vinieron junto con el nacimiento: camina con dificultad y habla con una voz muy pastosa. Sólo unos pocos cercanos logran entender qué quiere decir este chango. En estos años, se consiguió de no sé dónde, unos sacos azules y negros y muchas camisas blancas, que usa todos los días del año, incluso en verano. Se consigue muchos pines de países, y los pone en su solapa, lleno de países el pecho.

Todos saben que Ishicu viene caminando hacia el pueblo, porque los perros comienzan a ladrarle cuando viene desde lejos. Todos los perros del pueblo son muy crueles con él, porque le ladran como si todos sufrieran una placentera epidemia de rabia, mucha rabia en los ladridos. Ishicu, pobre, siempre esquivándolos y tirándoles los pocos cascotes y ladrillos que encuentra. El ruido es insoportable: cuando los perros de esta cuadra ya terminan de ladrar a su gusto, ya comienzan otros, e incluso se le acercan amenazantes para morderle los ya experimentados tobillos. Ishicu entra al bar, recibe las cargadas de los otros changos mientras se sienta con ellos, manifiesta algunas puteadas en su voz pastosa que todos festejan, mientras el plasma expone el show de la pelota y las cervezas.

Pero algo ocurre de noche, cuando Ishicu, medio tomado a veces, sale del bar hacia su rancho a la madrugada. De noche, sabemos que todos los perros se ponen guardianes en las casas, pero sucede que ahora no le ladran. No le ladran. Fue sorprendente ver –y escuchar– a

Ishicu hablando a los perros mientras pasa por la calle, medio tomado, y los perros se quedan acostados como si un amigo estuviera pasando. No sé qué les decía, su voz pastosa y casi sin volumen. Un amigo me sacó de las dudas, sin muchas sorpresas: ¿no te diste cuenta que Ishicu se pone a quichuar con los perros para que no le ladren? Creer o reventar, sería la consigna de este relato.

Al sábado siguiente logré verlo nuevamente: Ishicu se puso a charlar largo y tendido con un cusquito viejito, durante más de quince minutos. El mismo cusquito que quería comérselo vivo cuando todavía era la tarde.

Causas de la desaparición

Los investigadores, en estos años, han recurrido a muchas metáforas médicas para diagnosticar la situación de muchas lenguas nativas, entre ellas la quichua: lenguas terminales, extintas, muerte de lenguas, lenguas en riesgo, apagamiento de lengua, lenguas frágiles; incluso alguien propuso “suicidio de lenguas”. Otros le llaman “desplazamiento” o “dislocaciones” cuando una lengua se encuentra en peligro.

La historia y la sociedad santiagueña tendrían “dislocaciones” contra la quichua, como para hacer dulces. Una es la explotación irracional de los bosques en los primeros 70 años del siglo XX. De un 70% inicial de superficie cubierta por bosques (más de 10 millones de hectáreas) a comienzos de la explotación forestal (fines del siglo XIX), en 2003 quedaba sólo un 6%: 600 mil hectáreas.

Otra dislocación jodida es el comportamiento traicionero de los ríos, que generó graves desplazamientos de población, traslados sufridos, y nuevos pueblos sin un pasado ni cementerios viejos a donde llorar.

Otra dislocación habría sido el ferrocarril: para muchos escritores santiagueños, durante el siglo XX el tren quebró la cultura tradicional y permitió el ingreso del colonialismo externo; otros autores observan que se favorecieron las familias principales de muchos pueblos.

Otra dislocación que se llevaría el premio es la escuela, de gran capacidad para suprimir la quichua y dejar a muchos en el camino.

La lista de dislocaciones sería interminable: la quichua no se encuentra en la administración pública, ni en los programas educativos, ni en la radio, los diarios o la televisión. Para muchos, estas últimas causas

son determinantes para hacer desaparecer a la quichua, a fuerza del “prestigio” del castellano.

Lo contrario del agua también dejó huellas profundas: las sequías históricas hicieron desaparecer pueblos enteros, que engordaron las franjas del conurbano bonaerense en los años 40’ y 70’.

Posiblemente, ésa sea la dislocación más jodida: la migración, y sobre todo, a Buenos Aires. La quichua dejaría de hablarse, los quichuistas irían perdiendo la quichua en “su” mente (como un objeto que se va erosionando despacito), y por la presión urbana, ninguna madre o padre decide hablar en quichua a sus hijos, por miedo a la discriminación porteña.

Pero ocurren cosas inesperadas: bailes santiagueños en Buenos Aires, fiestas religiosas que hacen volver al santiagueño a su pago, vacaciones en Santiago, el encuentro con amigos o vecinos quichuistas allá en el puerto. Y las cuadreras, las sobremesas familiares, los juegos de los chicos, el fútbol, el trabajo migrante del maíz y el hacha, las juntadas de mujeres los domingos, la música quichua que pide la audiencia radial, los mensajes de texto, los escapes infantiles de la escuela, la crianza de las abuelas.

De ningún modo niego todo lo negativo que ha sufrido la quichua y sus hablantes, pero marco algunas cosas que me dicen que no todo son “dislocaciones”. El mundo es injusto y nunca habrá equilibrio, pero debemos intentar explorar qué posee, realmente, cada parte de la balanza.

Ring de dioses musiqueros

La gente, cuando pide temas a la radio de su pueblo, siempre son temas “conocidos”: latinos, algo de folclore, y siempre chamamé, por goleada. Nunca piden temas religiosos, porque saben que igual los pasarán en la radio, cuando es la hora del programa del cura.

La iglesia, en ese sentido, ha tomado la cumbia, el chamamé, incluso el regetón, con letras de alabanzas para acompañar las fiestas patronales y los programas religiosos de la radio. Los católicos y evangélicos no dejan de disputarse los adeptos, teniendo a las prácticas “paganas” como objetivo en común a suprimir: curanderos rurales y urbanos de gran convocatoria, mujeres que hacen “trabajos”, “estudiantes” salamanqueros. La búsqueda constante de espacios audibles de “canciones” católicas obedece a estrategias y artimañas para captar la atención de la población. Podríamos leer la música religiosa, en la zona, como un terreno silencioso de batallas: un espejo que fagocita un chamamé, lo digiere, y devuelve la imagen de un chamamé con la cruz y la alabanza.

Lo raro de todo esto es la negación, o la imposibilidad, de hacer temas en quichua. Me refiero a temas nuevos, hechos por sacerdotes o monaguillos quichuistas (que los hay), no a canciones religiosas antiguas, de origen incierto. No hay lugar para la quichua en estas canciones que intentan capturar las almas, o la quichua no deja lugar para capturarse.

En medio del agua

Las tormentas se ponen bravas a veces. No sólo le llueve mucho, sino que le llueve con muchas ganas. Hay parajes que quedan con el agua hasta el pecho, los ranchos mojados y destruidos, las víboras nadando en busca de terrenos secos, los insectos venenosos, los mosquitos. Pueblos enteros han desaparecido, y pueblos enteros se han creado de ese modo. Santiago es una historia encadenada de pueblos y comunidades discontinuas, cortadas, vueltas a hacer, a empezar de nuevo. Siempre discontinuas.

Antes, cuando esto sucedía con mucha frecuencia, las familias buscaban los terrenos más altos, que a veces tomaban forma de albardones. Éstos eran extensas franjas de tierra, donde las familias construían sus ranchos precarios, y allí se instalaban durante meses hasta que el agua baje. Sabemos de algunas muertes trágicas por picaduras de insecto y víboras.

Lo trágico a veces toma la forma de un resguardo. Según muchos, la quichua se “mantenía” precisamente en los intensos meses de dura convivencia entre familias, “amuchadas” en albardones, esperando que las aguas se retiren. Y a veces, esperando un nuevo lugar para hacer otro paraje quichuista.

Tertulias domingueras

¿Puede el fútbol –masculino- potenciar la quichua de las mujeres?
Yes.

Cuando muchos muchachos y adultos se reúnen los domingos en diversas y numerosas canchas, ellas se reúnen en una especie de tertulia en la casa de una de sus integrantes. Muchas de ellas. Forman un gran círculo, entre mujeres de distintas edades: niñas, adolescentes, adultas y ancianas. Comparten mate con tortilla, y hablan en todo momento, los changuitos chicos jugando cerca, obviamente pelotando. No sólo mujeres de la misma familia, sino de distintas familias de la zona. Imaginemos una red de personas que supera nuestra idea cerrada de “familia”. Una chica me contaba que “hay cosas que nos decimos en quichua cuando los changos no están”, es decir, cosas que ellos no deben escuchar.

Aquí concluyo este relato, porque no quiero ingresar a este mundo que no me pertenece. Me queda la idea de una quichua “de mujeres”, y una forma sencilla de entender por qué le dicen “la quichua”. Es evidente que hay otras explicaciones, pero la intensidad de esas reuniones me marca la respuesta, y hoy me decido a no averiguar más del asunto.

El payador teatrero

A un profe del secundario se le ocurrió hacer un teatro costumbrista con los chicos: armó una escena que reflejaba un patio familiar, con rancho, hasta había un perro real que se sentaba calladito al lado de un brasero. ¿Y a quién buscar para que haga las payadas? Nada menos que Chinu, uno de los estudiantes. Es decir, hizo de él mismo.

Dentro de los cientos de estudiantes del colegio, Chinu era el menos “cotizable” sobre un escenario y el “más quichuista” (según sus propios compañeros quichuistas). Por eso llamó la atención a todos. Chinu es un estudiante de bajas notas, y trabaja duramente en actividades rurales familiares. En clase, sólo basta que alguien diga alguna palabra “solita”, para que Chinu se ponga a improvisar coplas enteras, en referencia a esa palabra sola. En el escenario, Chinu sólo había “pensado” algunos fragmentos, porque el resto de la payada fue singularmente improvisado en castellano arriba del escenario.

Después de este suceso, las actitudes de los docentes sobre Chinu cambiaron considerablemente: fue referencia obligada en reuniones docentes para problematizar los modos de enseñanza y evaluaciones. Este caso permitió que otros estudiantes salgan de su posición de “invisibles”.

La payada de Chinu significó habituarse a temas nunca visibilizados en charlas docentes o jornadas institucionales, y atender a estudiantes que andaban queriendo abandonar la escuela.

El jockey ventajero

La altísima peligrosidad de la práctica del jinete de carreras, la tensión generada en el juego, el saber especializado de estos “lloques” (jockeys) y la euforia de la gente. La carrera de cuadreras es un escenario especial, un saber especializado que pocos conocen en profundidad.

Lo “canchero” es la propia estética del lloque para la consideración del público. Lo *pícaro* aquí es un ambiente interno de estrategias de competencia entre los dos jinetes. Muchas picardías para lograr que el otro pierda la carrera. A veces se gana mucha plata, otras veces es un desastre para el bolsillo.

Para Javier, ser pícaro en las carreras le permite ser canchero en la escuela. Antes, era un “alumno más” con bajas notas, pero al año siguiente Javier logró “sacar ventaja” por ser un lloque ganador. Esto le permitió mejorar sus relaciones con los docentes, que siempre le preguntan cómo es ser jinete de carreras, y Javier se exhibe con experticia dentro del aula, con el oído cómplice de sus compañeros.

Ahora Javier se permite hablar en quichua a los docentes sin esperar respuestas negativas, porque se ha convertido en uno de los “impunes” de la escuela.

El atrapamujeres

Una de esas noches con viento fresco, después de un día con temperatura a punto horno. Un bar del pueblo, chiquito, con televisor y tomando una gaseosa con dos changos, chicos nomás. De la oscuridad, pasamos a hablar de los espantos, y de ahí a las salamancas.

Uno me cuenta que hay un chango que está pasando el río, dicen que sabe estar desnudo tocando la guitarra en el monte, ahí adentro. Dicen que una vez lo han encontrao desnudo al tipo, en medio del monte, dicen que tirao en el sol estaba. Le han tirao una penca encima y no le ha hecho nada. Por todos lados sabe andar con bombos.

El otro agregaba: el chango ése conquista a las chicas en quichua que a él le gusta, porque está con el diablo, por eso. Él a cualquier chica que le gusta, le agarra. Hay algunos que le hacen hacer con trabajos, para que le gusten las chicas. Les dan cositos, perfumes, que le llaman “atrae mujer”, se llama. Allá saben dar. No sabemos qué le pone, pero con eso le saben “curar” a la chica. Yo no iba a hacer eso nunca, una tontera es. Yo digo que están locos. Si las chicas no quieren, no quieren... si dicen “no”, listo, ahí nomás “chau”.

En este testimonio de un brujo pícaro, de trampas de amores, y de amores que deben ser ganados en buena ley, creí encontrar una quichua que estos chicos no quieren hablar. Hay magias que ellos no quieren aprender con esa magia.

La quichua-fashion

Una profe de sociales andaba preocupada porque se acercaba el día del idioma, encima le tocaba a ella hacer algo. Y se puso a “rastrear” estudiantes quichuistas: aunque enseñaba desde hace años en ese colegio del campo, nunca había preguntado a nadie sobre esa lengua, menos a sus alumnos. Ella quería realizar alguna actividad, con afiches, alguna actuación musical, algo de eso.

La cosa es que todos se hacían los sotas... nadie se deschavaba diciendo que era quichuista. Uno de los ordenanzas del colegio le hizo anotar algunas preguntas en quichua para que alguno de los chicos caiga en la trampa, y participe en la actividad de la profe “de afuera”.

Y la profe decidió entrar en uno de los cursos, ahora con algunas preguntas memorizadas en el recreo y el papelito de machete. La profe entró a un curso, pidió permiso al docente de turno para hablar (medio con miedo, nunca pensó hacer tal cosa) y preguntó:

-Pitaq riman kichwapi kaypichu? (¿Quién habla quichua aquí?)

Todos se quedaron congelados, ella también. Después uno señaló a otro, y otro señaló a otro, y todos se señalaban como una gran batalla de flechas de “deschave”. Las carcajadas estallaron como granadas. Después de un rato, una de las chicas se paró, en señal de respuesta. La profe, ahora con menos miedo, retrucó:

-Kichwat rimankichu? (¿Vos hablas quichua?)

La señorita hizo una pose de modelo, como las chicas de la tele, las manitos en la cintura, como si estuviera en una entrevista para MTV:

-Obvio, ari!!!

Y más carcajadas.

Ideas fuertes

Resumo una nota de un investigador colombiano, gran conocedor de nuestras tierras y lenguas. Escribió una nota en 2006, sobre la conocida frase “el quichua se habla, no se escribe”, y que me parece un argumento interesante para discutir sobre escritura quichua. Confirmen si es correcta mi apuesta como figurita.

Según Atila Karlovich, ya los primeros textos andinos del siglo XVII plantean que si los indígenas hubieran conocido la escritura, sus tradiciones no se habrían perdido. Y pasa a analizar el significado de esa frase santiagueña que dice lo contrario: parece un diagnóstico correcto, pero esconde otras cosas. El quichua no se escribe, dice el autor, porque para la gente (quichuistas y no quichuistas) no sirve para ser escrito, ni tampoco debe escribirse. Las personas que piensan así, han interiorizado siglos de desprecio y resignación hacia su lengua, como “un instrumento inservible o una vaca que no da leche”. Alguien que asume su lengua como “sacha-lengua, una lengua de pobres, que de tan pobre no merece llamarse lengua”. Precisas metáforas para reflejar, desenterrar los prejuicios en esa frase que oculta desigualdades.

Otro caso, dice, es el de los no-quichuistas, que siempre se arrojan el derecho de opinar, como una actitud “paternalista” hacia los hablantes de esta lengua, como si éstos fueran una sub-especie “dócil, buena, que merece nuestra simpatía y nuestro tutelaje”. El autor incluso cita la nueva constitución santiagueña, que declara al quichua como “lengua de pervivencia provincial”: es decir, alguien que vive aún cuando ya se ha cumplido su ciclo de vida, “un difunto ingrato que golpea el cajón, un fantasma torpe que no llega a molestar pero sí a asustar, porque señala suturas y cicatrices reprimidas del pasado”. Concluye que muy

pocos están dispuestos a tomar en serio al quichua y mucho menos a los quichuistas, porque “nadie cree que valga la pena guardar memoria de lo que piensan y sienten los perdedores de la historia”.

El autor termina proponiendo que sí vale la pena, que la quichua es “tan digna como el español de Cervantes, como el francés de los parisinos, como el sánscrito sagrado”. Que “la memoria y las tradiciones de shalacos y sacheros son tan valiosas como las de los antiguos griegos”. Que la quichua sólo abandonará su triste estatus de pervivencia “zombi” si los quichuistas “empiezan a hablar en voz alta en quichua, a exigir y a hacer bulla en quichua, a crear un espacio público en su idioma”.

El miedito a la noche

Según el programa, el maestro tenía que enseñar “mitos y leyendas” santiagueñas en un 5to grado. Y notó que *no daba* hacerlo como una “clase”, de ésas donde hay que escribir “Tema: mitos y leyendas”. No daba. Se le ocurrió que este tipo de “cosas” debían ser creíbles.

Un día cerró las ventanas y la puerta, apagó la luz, ubicó a los chicos en círculo, y fingía no haber dormido bien la noche anterior. Un bostezo y un gesto de dolor de cabeza aparecieron en la escena:

-¿No ha dormido bien, maestro?

-Es que no me dejaba dormir un almamula anoche.

¿Cómo? ¿En serio? Y el maestro despertó, como una bomba puesta en el centro del círculo, la curiosidad y el oído de treinta chicos para que escuchen lo del almamula, ese bicho parecido a una mula gigante que arrastra cadenas y pasa silbando al oído de caminantes perdidos en el monte. Si bien los chicos sabían de qué se trataba, sentían que era “raro” ese tema dentro del aula. Al día siguiente recibió a varias madres quejas porque sus niños no pudieron dormir, por miedo a las historias del maestro y su boca infalible.

Al carajo con los afichecitos o copiando al dictado en la carpeta... la estrategia había surtido efecto. El temor y las quejas eran una evaluación suficiente para aprobar el tema, cosa que hubiera provocado un desmayo a la supervisora de la escuela.

Los guardianes secretos

No son esos clásicos viejos a quienes recurren los sedientos folklorólogos, con cuentos y leyendas extraídos para los documentales culturales. No. Se trata de otros hombres y mujeres de edad avanzada.

Algunos fueron militantes, guerrilleros, o estudiantes muy despiertos. Otros practican las magias buenas, aun conociendo las magias oscuras. Otros han participado en asambleas, han sido políticos de su zona. Saben mucho de músicas y de artes. Aunque parezca que nunca salieron de sus pueblos, ellos han conocido todas las luces y las inmundicias de la existencia. Casi todos ellos saben leer, y han sabido leer muchas cosas durante mucho tiempo. No son una secta. Ni siquiera se conocen entre ellos. Jamás muestran sus intenciones reales: en todo momento están buscando a la persona indicada, para que herede sus mensajes.

Todos ellos tienen una idea sumamente altiva de la quichua: no es sólo una lengua asociada a la pobreza moderna, al folclore o la vida cotidiana. Para ellos, se trata de un objeto delicado, que guarda conceptos profundos en sus adentros. Aquí no hay religión ni elitismo: estas mujeres y hombres son muy cautelosos, e incluso saben distanciarse de las personas que ellos consideran imprudentes. El mundo es insensato, y tratan de cuidar lo poco valioso que conservan. Jamás se desesperan por esa pérdida, incluso si ellos se van muriendo de a poco, sin que nadie lo sepa. A veces un guardián se encuentra cerca, pero no tenemos los oídos ni los ojos para percibirlo. Hay que andar muchos caminos para llegar a encontrarlos.

Yo nunca anduve esos caminos. Sólo algunas veces me acerqué a alguno de ellos, pero no es mi tarea ingresar a su mundo sin permiso. Mejor así.

El libro y la boca

El maestro López publicó un libro de cuentos y leyendas, allá por los años 30. Muchas historias que este docente miraba como un *desierto saladino* en el noroeste santiaguense: un universo de sal, de plantas espinosas, de tragedias culposas y espíritus extraños.

Casi 80 años después, un viejo cuentero de la misma zona, don Pashcu recordaba que, siendo él todavía un niño, un “maestro salamanquero” escribió un libro extraño. Don Pashcu tenía fascinación por ese libro, que alguna vez tuvo entre sus manos, pero no lograba recordar sus historias fascinantes. Ahora le gusta contar muchos cuentos, y murmurar palabras secretas para curar dolencias.

En nuestra charla, don Pashcu contó lo que le sucedió hace años: yendo a su cerco, se asustó mucho cuando vio a un burrumikoq comiendo la lengua de un ternero muerto, ya sin sangre en su cuerpo ni rastros de violencia. Aunque logró espantarlo, el bicho, que tenía las cuencas vacías de los ojos, miró fijamente a don Pashcu, como diciéndole que volvería para comerse otro animalito. Tal vez a él mismo.

Resulta que el cuento del burrumikoq es el único cuento quichua que aparece en el viejo libro de don López: alguien leyó ese cuento quichua al niño Pashcu, o el niño pudo leerlo por su cuenta. O acaso el encuentro con el monstruo fue real.

Pienso cómo un libro siguió el camino inverso, *de la escuela al monte*: ese libro se convirtió en relato oral, en capacidad de contar cuentos, en aprender magias, y hasta en curar a vecinos con dolencias.

Al final

Es la historia de un terrateniente, descendiente de una red extendida de familias de caudillos de la Figueroa de mediados del siglo XIX, pero muy aquerenciado con su cultura shalaca. Ese jefe de familia y resabio del patronazgo rural, hablaba quichua y castellano, como todos en la zona. Pero eran muy rígidas sus prohibiciones para que la familia no hablara quichua en la casa. Sin embargo, en la hora de su muerte, días enteros estuvo delirando en su quichua. El progreso moderno, la idea de retraso por hablar una lengua que no entra en la nación, el reencontrarse desesperadamente con esa lengua cuando la agonía anuncia: siempre pensé que era un caso aislado, pero impresionante por todo lo que no cuenta.

Sin embargo, a mi amigo le sucedió algo parecido: su abuela estaba enferma, dolorida después de una operación riesgosa. Nadie en la familia habla quichua, pero su abuela, como al pasar, una vez dijo “recordar” algunas palabritas. Mi amigo, antes de entrar a terapia, se anotó algunas frases para “jugar” con su abuela. Él sospechaba que ella sabía más de lo que decía saber. Entró, la acarició, se dieron unos besos. Ella estuvo quietita, dolorida, con los ojos cerrados. Mi amigo decidió no ponerse triste ni compungido: se le acercó al oído, y le preguntó en quichua si le dolía. La abuela abrió los ojos, lo miró con picardía, y se abrió en una sonrisa grande.

“Vieja pícara, te pillé” le dijo. Y ella, como retándolo en broma, le dijo: “Y qam que mana casukoq”. Por desobediente.

El silencio

Llegó a la escuela acompañado de su madre y su abuela, en dos bicicletas viejas rodado 26, 7:45 de la mañana pero el sol ya picaba la espalda. Julito estaba entrando en su primer día de clase, y la escuela era un portón grandote color azul, unas palmeras muy gigantes, y una escuela con muy mucho blanco, con esos techos de chapa para que caigan las aguas de lluvia. Muchas madres con sus chicos, la música de unos parlantes grandes, y una canción que dice algo de la bandera y la escuela. Los chicos más grandes y las señoritas cantan, no se entiende mucho.

La mamá le dijo que se porte bien, y que no lllore porque este era un viajecito corto, y que al mediodía volvía del viajecito a la casa otra vez. Mes de marzo, él no lloró cuando la madre se despidió, y se sentó al lado de un gringo, vecino de él pero más para allá, creo que vive medio karu, en las casas de la ruta.

En eso, una mujer grandota entra con otra. La wira dijo “bien parados, ustedes repitan el saludo... buen día alumnos”. La otra dijo que iba a ser nuestra maestra de nosotros, pero no le entendía bien. No habla como mi mami y la abuela. Mes de julio y dice algo de las carpetas y que hay que dibujar. Yo los escucho a algunos y como que hablan como la tele de don Gómez. La seño habla como ellos, muy callado dice que soy. Habla fuerte la señorita, grita mucho, mes de noviembre y los otros tienen la carpeta gorda de hojas con letras y dibujos, a mí no me sale bien la L, la S y la otra que tiene pancita, ésa ancha difícil es. Ya me han dicho que me van a hacer repetir de grado, algo de un problema dicen. Hay muy muchos como yo en primero.

Del timbre salgo corriendo muy rápido hasta la bici, y salgo cagando por la ruta. Muy lindo es cuando veo mi casa cerca.

El estallido

Julito había repetido primer y tercer grado. El nuevo tercero venía con otro maestro, y con un informe de una psicopedagoga de la ciudad. Los dibujos reflejaban mucha angustia por la presión de todos. Pero no decían que, sencillamente, Julito no entendía el castellano de la maestra.

Para el mes de mayo, Julito estaba viendo la tele, mientras la mamá cortaba unas zanahorias para la sopa. Julito se quedó callado, atendiendo la tele. Después de un rato, le pregunta a la mamá si en la tele decía que murieron dos personas en un accidente en la ruta 5. La madre se da vuelta, mira la pantalla y le dice que sí. Julito se para, se acerca a su madre, se agarra la cabeza con las manos, y grita:

-¡Ahhhh! Ya sé cómo es, po!!!

Inmediatamente agarró una revista y empezó a balbucear en voz alta. En menos de dos minutos comenzó a leer de corrido, gritando y con la sonrisa así de grande. Pidió que le bajen la caja con libritos que le regalaban los tíos, de ésos que nunca quiso sentarse a leer, porque no podía hacerlo. La mamá ya estaba cansada de escucharlo leer gritando, de corrido, como si cada palabra fuera un dolor que se estaba sacando.

Ahora las hermanitas chicas le piden cuentos, pero les dice: ¡Ah, no! A mí me ha costao aprender, ustedes tienen que hacer el esfuerzo también.

Julito ahora lee de todo, mira la tele con ojos de experto, ha aprendido muchas canciones de los cancioneros. Y acabo de enterarme de que cantará unas chacareras en la feria de artes de la escuela. En voz alta.

Ensalada rápida y furiosa

Yo me encontraba cerca de ellos, charlando horas bajo el alero con una abuela. “Ellos” son sus nietos y otros changos que se habían puesto a ver una película sobre mucha acción en rutas. La extrema velocidad, el vértigo, las rubias lindas, los autos con nitrógeno. Otras películas de acción y sangre, de guerra contra terroristas, de mafias latinas, de traducciones lastimosas, de mala imagen llena de truchajes. Las antenas de Diré Tiví en muchos ranchos. Los miles de aparatos que leen DVDs piratas en los miles de ranchos que alcanzan la luz de los cables.

Los estudiosos dirían que estos changos quichuistas irían perdiendo su lengua, por el prestigio del auto nitrogenado y su conductor que habla en un perfecto castellano mexicano inventado. Lo cierto es que, durante las dos horas de la película, aparecían los *ancha sumitaq kan*, o los *ancha ñuñula che!* hacia las chicas de la película. Y no dejaban de aparecer los *ancha piñakoq ooo!* hacia las patadas del actor fachero.

Y con otras risas, picardías, comentarios sobre autos y motos, ocurrencias de palabras ridículas, bromas, mates bien dulces a la siesta. Y todos estos idiomas se mezclaban con otros idiomas: la castilla, la quichua, la joda juvenil, el ocio de la siesta y el mexicano holywoodense.

Todo esto podría ser un buen disparador de ideas en la escuela. Esto es una mezcla, pero *no es cualquier mezcla*: son muchos ingredientes con los que se identifican estos changos. Jamás entra esto en la clase de lengua: sus profes siguen sin mirar (o no se animan a escuchar) esas mezclas, cruces, contaminaciones, transformaciones. La quichua, quieran o no, es parte de todo eso.

El origen

Mucha tinta ha corrido sobre cuándo habría “entrado” la quichua a Santiago del Estero. Una postura localista dice que la quichua entró con los españoles, cuyo contingente de indios yanaconas hablaba quichua. Una evangelización tenaz hizo desaparecer otras lenguas, y la quichua quedó como “invasora”.

Mucho después, otros investigadores afirmaban que la quichua llegó con los mitimaes incaicos, llegados medio siglo antes de los españoles. Fue la tesis de muchísimos autores santiagueños, alejados del hispanismo católico conservador, pero no prosperó.

Hace unos pocos años, otros investigadores propusieron que la quichua estaba demasiado arraigada en este territorio como para pensar que medio siglo de incas (y posteriormente, de españoles) se impusieran tan rápido, tan fácilmente, tan pichita. La cosa debió ser más complicada, porque los españoles siempre fueron muy pocos, y la población local (a pesar de las muertes) siempre fue muy numerosa. Aparecieron huellas pre-hispánicas: el topónimo “Salavina”, el nombre del cacique “Canamico”, y hasta un dios de la tormenta, Qaqanchik, todos delatando su origen quichua. Se hizo evidente que *varias corrientes quichuas* habían ido llegando e integrándose de a poco en el territorio. Incluso es muy probable que la quichua hubiera funcionado como una *zona franca*, un puente entre muchas lenguas locales.

Hoy en día la arqueología aporta más novedades. Aunque no hay certezas de la presencia incaica en Santiago, sí es evidente que hubo una *intensa relación de contacto* entre el Tawantinsuyu incaico y poblaciones del Salado. Hasta hoy, nadie había pensado que nosotros podíamos ir a las montañas, y no sólo ellos bajando a nuestra llanura.

Hermanos jugando

Tardaron dos años. No, tardamos dos años. Encuentros extra-clase, en horarios difíciles para juntarnos. Problemas para escribir, el clásico síndrome de la “hoja en blanco”. Que busquen un nombre que los represente, y un título para lo que estaban construyendo juntos. Ruedas de motos que se pinchaban, o ir a cargar agua en la zorra hasta el río, o ir a “hachiar” porque faltaba leña para cocinar, o llevar las cabritas hasta el río: todas causas para no poder llegar a las reuniones.

Usar la grabadora para evitar el miedo al papel en blanco, transcribir las grabaciones, devolverlas en papel impreso en impresora. Ir leyendo juntos, ir corrigiendo lo que iba saliendo, en medio de las tortillas y los mates. Muchas dudas sobre tal o cual palabra, y varios tipos de textos que iban surgiendo: noticias, columnas de opinión, entrevistas, relatos de espanto, biografías, instructivos de salud, testimonios religiosos, chistes, muchas adivinanzas. Y seguir corrigiendo entre ellos, cuchicheando, ahora con una notebook prestada, transcribiendo los textos que estaban en lápiz.

Unas sobrinas aportaron dibujos, ellos también hicieron otros. Un profe y unos compañeros aportaron fotos. La diseñadora vivía lejos, en la ciudad, pero varias veces llegaba para recibir las propuestas de diseño de los chicos. Todo se iba sumando. Muchos problemas para juntarse, si no era el calor, era el intenso frío. Y seguir corrigiéndose entre ellos.

Uno de los chicos dejó el colegio. Otro andaba trastabillando. Otros terminaron y están en el profesorado. Otro es tractorista. Otros dos son trabajadores golondrinas. Ya tienen novias, o novios, alguno ya tiene hijos. Pocas líneas no bastan para reflejar la emoción de mis aden-

tros, cuando me acuerdo de todo lo que hicimos, de todos mis errores, de mi precario pero único acompañamiento en todo el proceso. Faltan más experiencias como ésta, y espero que no sea la única. Con niños, con ancianos, con docentes, con familias: experiencias participativas en serio, donde las narraciones y la escritura quichua vaya encontrando su lugar en el mundo social de estos tiempos. Lo hicimos jugando, sin grandes pretensiones, ni obligados por ideales de “salvación” de la lengua, ni ideales “elevados” de la educación formal.

Le pusieron de título *Wawqes Pukllas*, Hermanos Jugando. Porque es una experiencia especial: se trata del primer libro en lengua nativa en Argentina, hecho íntegramente por jóvenes de una lengua nativa.

Fuentes

Aquí van algunos materiales a los que recurrí para hacer algunas figuritas quichuas. Muchas otras situaciones no aparecen en ningún libro, noticia o artículo. Simplemente, sucedieron en encuentros fortuitos, en actividades compartidas, en relatos que escuché al pasar, o en alguna confesión ofrecida. Hay una bibliografía muchísimo más extensa y diversa, pero aquí delimito bastante. Son cosas para leer, para explorar, para aprender a escuchar a las personas, y otras son “anteojos” teóricos para mirar algunos procesos. Tal vez alguno de estos materiales sea de interés a cualquier lectora/or que quiera profundizar algunos temas que surgen inevitablemente en estas figuritas.

ALBARRACÍN Lelia, TEBES Mario, ALDERETES Jorge R. (Comps.) (2002). *El Quichua Santiagueño por Ricardo J.L. Nardi*. Buenos Aires: Dunken

ALBARRACÍN, Lelia Inés (2009). *La quichua. Gramática, ejercicios y vocabulario*. Tomo I. Buenos Aires: Dunken

ALDERETES, Jorge R. (2001). *El quichua de Santiago del Estero: Gramática y vocabulario*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán

ANDREANI Héctor A. (2013). “Migración, maíz y silencio. Notas sobre el bilingüismo (quichua-español) de los trabajadores ‘golondrina’ ” santiagueños”. *Gazeta de Antropología*, 29 (1), 2. En: <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=4167> . Fecha de captura: 8 de abril de 2013.

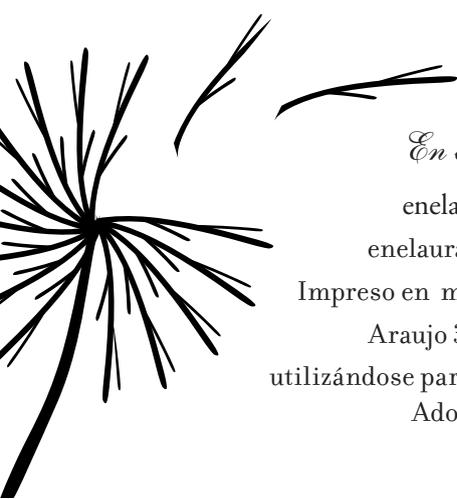
- (2013). *Quichuas, picardías y zorros. Tramas, conflictos y narrativas en una comunidad bilingüe* (inédito)
- ASOCIACIÓN DE INVESTIGADORES EN LENGUA QUECHUA.** En Línea: <http://www.adilq.com.ar>
- BAJTIN, Mijail** (2008). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI
- BARTOLOME, Miguel Alberto** (2004). “Los pobladores del desierto. Genocidio, etnocidio y etnogénesis en la Argentina”. En: (Cahier) Amérique Latine. Histoire & Mémoire, N° 10. En línea: <http://alhim.revues.org/index351.html> . Fecha de captura: 5 de abril de 2013.
- BRAVO, Domingo** (1956). *Cancionero Quichua Santiaguense. Contribución al estudio de la poesía quichua santiaguense*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán
- (1965). *Estado actual del quichua santiaguense*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán
- BRIGGS, Charles** (1986). “Aprendiendo cómo preguntar. Un enfoque sociolingüístico del rol de la entrevista en las investigaciones en ciencias sociales”. Cap. III, *Learning how to ask*. Cambridge. University Press. (Traducción de Silvina Otegui y Verónica Fernández Battaglia, revisión técnica de Corina Curtis. Cátedra Prof. Lucía Goluscio).
- CÁCERES ROMERO, Adolfo** (2006). *Narrativa quechua del Tawantinsuyu*. Buenos Aires: Colihue
- CANAL FEIJÓO, Bernardo** (1951). *Burla, credo, culpa en la creación anónima. Sociología, Etnología y Psicología en el Folklore*. Buenos Aires: Nova.
- CORONEL MOLINA, Serafín M; GRABNER CORONEL, Linda L** (2005). *Lenguas e identidades en los Andes. Perspectivas ideológicas y culturales*. Quito: Abya Yala
- CORNEJO POLAR, Antonio** (1994). *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte.

- CRYSTAL, David (2000). *Diccionario de lingüística y fonética*. Barcelona: Octaedro
- CHEIN, Diego (2005). “La construcción social en los cuentos del zorro en el período de emergencia del campo de la folklorología”. En PALLEIRO, María Inés (comp.). *Narrativa: Identidades y memorias*. Buenos Aires: Dunken, pp. 71-88
- DARGOLTZ, Raúl (2003). *Hacha y quebracho. Historia ecológica y social de Santiago del Estero*. Santiago del Estero: Marcos Vizoso Ediciones
- DESALVO, Agustina (2009). “Los obreros santiagueños en el desflore de maíz. Proceso y condiciones de trabajo”. En: Anuario del Centro de Estudios e Investigaciones en Ciencias Sociales, año 3, N°3, pp. 129-148.
- DÍAZ, Raúl (2001). *Trabajo Docente y diferencia intercultural. Perspectivas antropológicas para una identidad desafiada*. Buenos Aires: Miño y Dávila
- DURANTI, Alessandro (2000). *Antropología Lingüística*. Madrid: Cambridge University Press
- DI LULLO Orestes (1942). *El folklore de Santiago del Estero*. Santiago del Estero: el autor
- EAGLETON, Terry (1998). *Ideología*. Barcelona: Paidós
- ESCOLAR, Diego (2007). *Los dones étnicos de la nación. Identidades huarpe y modos de producción de soberanía estatal en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo
- FARBERMAN, Judith (2005). “Tres miradas sobre paisaje, identidad regional y cultura folklórica en Santiago del Estero”. En: *Prismas, Revista de historia intelectual*, N° 14, pp. 71-93
- GANDULFO, Carolina (2007). *Entiendo pero no hablo: El guaraní acorrentinado en una escuela rural: Usos y significaciones*. Buenos Aires: Antropofagia

- GROSSO, José Luis (2008) *Indios muertos, negros invisibles. Hegemonía, identidad y añoranza*, Córdoba: Encuentro Grupo Editor
- GUILLÍN, Cesar; LÓPEZ, Orlando; TORREZ, Azucena; PÉREZ, Mariela; GUILLÍN, Richar; BARRAZA, Elías; GUILLÍN, Cristian (2012). *Wawqes Pukllas. Libro juvenil quichua*. Buenos Aires: En el aura del sauce.
- GUBER, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- HAMEL, Rainer Enrique (1988). "La política del lenguaje y el conflicto interétnico: Problemas de investigación sociolingüística". En: E. ORLANDI PUCCINELLI (org.). *Política lingüística na América Latina*. Campinas, Pontes, pp. 41-73
- HECHT, Ana Carolina (2010). *Todavía no se hallaron hablar en idioma. Procesos de socialización lingüística en niños en el barrio toba de Derqui (Argentina)*. LINCOM EUROPA
- JAMESON, Fredic (1989). *Documentos de Cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Visor Distribuciones.
- KARLOVICH, Atila (2004) "Una oración quichua para parar la tormenta". En: *Actas del III Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural*, Tilcara, Jujuy.
- (2005). "El avance de los indios: Consideraciones al margen de la identidad santiagueña", Nuevo Diario de Santiago del Estero, Edición Dominical del 03-04-2.005. Santiago del Estero, Argentina
- LANDSMAN, Manuel Enrique (2000). "La lengua en la dominación política (Del Quichua de Santiago del Estero)", en *VI Congreso Internacional de la lengua Quechua*. Santiago del Estero, Argentina. 18 al 14 de octubre.
- LIENHARD, Martin (1990). *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico y social en América Latina (1492-1988)*. La Habana: Casa de las Américas.

- ONG, Walter (1987). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica
- PALLEIRO, María Inés (2005) (Comp.). *Narrativa: identidades y memorias*. Buenos Aires: Dunken
- RAIDEN DE NÚÑEZ, María Ynés (1985) *Relatos folclóricos de Belén, Catamarca*. Buenos Aires: Editorial Guadalupe
- RAITER, Alejandro; ZULLO, Julia (2004). *Sujetos de la lengua. Introducción a la lingüística del uso*. Barcelona: Gedisa
- REQUEJO, María Isabel (2004). *Lingüística Social y autorías de las Palabra y el Pensamiento: Temas de debate en psicología social y educación*. Buenos Aires: Ediciones Cinco
- ROSENZVAIG, Eduardo (1996). *Etnias y árboles. Historia del Universo Ecológico Gran Chaco*. Bogotá: Casa/Cocultura
- RUMIÑAWI (2000) “Cómo funciona una lengua”. Instituto de Culturas Aborígenes – Cátedra de Lenguas en Contacto, Instituto de Investigaciones Lingüísticas “Ricardo Nardi”. En línea: <http://www.adilq.com.ar>
- STARK Louisa R. (1985). “Historia del Quichua de Santiago del Estero”. En H. M. Klein y L. R. Stark (eds.) *South American Indian Languages: Retrospect and Prospect* (pp.732-752). Austin (Texas): Universidad de Texas.
- SICHRA, Inge (2003). *La vitalidad del quechua. Lengua y sociedad en dos provincias de Cochabamba*. La Paz: PROEIB-Andes / Plural editores
- TASSO, Alberto (2009). *Ferrocarril, quebracho y alfalfa. Un ciclo de economía capitalista en Santiago del estero. 1.870-1.940*. Buenos Aires: Alción
- (2011). “La sequía de 1937 en Santiago del Estero. Antecedentes y consecuencias de un acontecimiento ambiental”. En: *Trabajo y Sociedad*, nº 17, Vol. XV.

- TABOADA**, Constanza; **ANGIORAMA**, Carlos (2010). “Metales, textilería y cerámica. Tres líneas de análisis para pensar una vinculación entre los habitantes de la llanura santiagueña y el Tawantinsuyu”. En: *Memoria Americana* N 18, pp. 15-45.
- TEBES**, Mario C. (2009). *Castañumanta Yuyayniy. Ni los años ni la distancia*. Buenos Aires: Dunken.
- TEBES**, Mario C., **KARLOVICH**, Atila F. (2006). *Sisa Pallana: antología de textos quichuas santiagueños*, Buenos Aires: Eudeba
- UNAMUNO**, Virginia (2004). “Dilemas metodológicos, preguntas de investigación”. En: *Estudios de sociolingüística*, 5 (2) 219-230
- VOLOSHINOV**, Valentín N. (1992). *El marxismo y la filosofía del lenguaje. Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial.
- WILLIAMS**, Raymond (1997). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península. (ed. orig.: -1977-. *Marxism and Literature*. London: Oxford University Press)



eeads

elaborado

En el aura del Sauce

enlaura.wordpress.com

enlauradelsauce@gmail.com

Impreso en mayo de 2013 por Tecnoofset,

Araujo 3293, Capital Federal;

utilizándose para su composición la tipografía

Adobe Garamond Pro